

Código:

2

0

1

8

1

7

9

3

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
ESTUDIOS GENERALES LETRAS

TRABAJO INDIVIDUAL

Título: El valor performativo de la autoficción dialógica en *Los rendidos*: superación del daño epistémico que agravia a las voces excluidas de la memoria hegemónica

Alumna: Johanna Ayeska Carrasco Saravia

Tipo de evaluación: Monografía Final

Curso: Investigación Académica

Horario: 0683

Comisión: 683B

Profesora: Estrella Guerra Caminiti

Jefe de Práctica: Rocío Huatuco Pomalaza

SEMESTRE 2020-1

El valor performativo de la autoficción
dialógica en *Los rendidos*: superación del daño
epistémico que agravia a las voces excluidas de
la memoria hegemónica

Erin Tauschen

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL VALOR PERFORMATIVO DE LA
AUTOFICCIÓN DIALÓGICA EN *LOS*
RENDIDOS: SUPERACIÓN DEL DAÑO
EPISTÉMICO QUE AGRAVIA A LAS VOCES
EXCLUIDAS DE LA MEMORIA HEGEMÓNICA

Monografía que como parte del curso de Investigación
Académica presenta la alumna:

Johanna Ayeshka Carrasco Saravia

Julio, 2020

RESUMEN

El tema de este trabajo es analizar la superación del daño epistémico a partir de una autoficción dialógica articulada desde una memoria subalterna en *Los rendidos* de José Carlos Agüero. La hipótesis es que el estigma en detrimento del autor por ser hijo de senderistas determina un daño epistémico que genera la exclusión de su voz de la memoria oficial; esta situación de injusticia testimonial logra ser superada mediante la construcción de una autoficción dialógica fundamentada en vivencias no registradas por el relato canónico sobre el periodo de violencia de las décadas de los 80 y 90. La investigación se divide en dos partes: el primer capítulo se centra en explicar las implicancias del daño epistémico producto de una injusticia testimonial que perjudica a la subjetividad del autor por estar circunscrito a un estigma desacreditador; el segundo capítulo aborda la configuración de la autoficción dialógica en *Los rendidos* a partir de una memoria subalterna narrada de tal modo que el autor también cede la autoridad sobre la verdad al lector implícito. Se concluye que el daño epistémico en detrimento de Agüero es superado por medio de una autoficción dialógica constituida por la enunciación de una memoria íntima y subalterna que no ha sido incorporada en el ámbito público.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO 1: EL DAÑO EPISTÉMICO ORIGINADO POR LA INJUSTICIA TESTIMONIAL: LA EVIDENCIA DEL SILENCIO IMPUESTO AL ESTIGMATIZADO EN <i>LOS RENDIDOS</i>	
10	
1.1. La institucionalización del prejuicio contra José Carlos Agüero en el imaginario social peruano.....	12
1.2. El impacto de la injusticia epistémica en la comunicación efectiva de sentidos críticos.....	20
CAPÍTULO 2: LA ARTICULACIÓN DE UNA AUTOFICCIÓN DIALÓGICA A PARTIR DE LA CONSTITUCIÓN Y MANIFESTACIÓN DE UNA MEMORIA SUBALTERNA.....	
32	
2.1. La memoria individual como construcción narrativa y performativa de recuerdos íntimos.....	34
2.2. El pacto de autenticidad con el lector desde una posición enunciativa dialógica no autoritaria.....	43
CONCLUSIONES.....	54
BIBLIOGRAFÍA.....	60

INTRODUCCIÓN

“Porque desde este saber endeble, desde esta desposesión de la verdad, tengo la esperanza de que la duda y su modestia puedan invitarnos a abandonar nuestras trincheras y sentir curiosidad por el padecer de que los que nos son ajenos e incluso odiados. Porque aunque ajenos, quizá no son necesariamente tan lejanos, quizá un reflejo nuestro y una generación mora en esos que son *los enemigos*”. (Agüero 2015: 17).

En *Los rendidos*¹, José Carlos Agüero, desde su posición desacreditada como hijo de senderistas, comparte públicamente vivencias que no se adhieren a la normativa del relato canónico en torno al conflicto armado interno; en consecuencia, la lectura integral de la obra supone la suspensión de algunas certezas instauradas sobre esta etapa de la historia peruana. Considerando esta esencia disruptiva, la presente investigación se centra en demostrar cómo el daño epistémico en detrimento de Agüero, cuya voz es excluida de la memoria oficial, es superado mediante la enunciación de una memoria subalterna articulada en una autoficción dialógica. Este tema ha sido delimitado para elucidar de qué manera el autor construye un relato íntimo para afrontar una injusticia testimonial que dificulta la expresión de juicios, basados en experiencias individuales, sin que sean invalidados por un prejuicio social que desacredita al enunciador. Desde un enfoque filosófico en torno al reconocimiento de la alteridad y partiendo de la narrativa como

¹ Todas las citas de la novela han sido tomadas de la siguiente edición: 2015 *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

perspectiva analítica, la investigación evalúa los efectos performativos de *Los rendidos* en el marco de la memoria hegemónica y su orden simbólico vigente en el presente.

La relevancia de este trabajo reside en demostrar que una obra literaria fundamentada en la intimidad, marcadamente autobiográfica, también puede estar proyectada a un horizonte político gracias al carácter performativo de su estructuración y contenido. Esto sucede cuando las intenciones que la subyacen responden directamente a necesidades sociopolíticas, exiguamente contempladas en el ámbito público, que el autor es capaz de identificar desde la singularidad de su posición en un contexto. La exposición de estas dimensiones sociales poco abordadas representa una importante oportunidad para que el lector se proponga realizar el difícil ejercicio de confrontar y ampliar los esquemas simbólicos que influyen su modo de comprender la realidad que lo circunscribe. Ello se debe a que el orden epistémico y hermenéutico que enmarca al lector resulta limitado para dar cuenta de situaciones que no han sido consideradas en la formulación de estas estructuras. Es decir, la literatura puede ofrecer un espacio para que voces silenciadas en una sociedad se enuncien y emprendan la tentativa de lograr el reconocimiento de sus subjetividades, lo cual implica también su admisión en el proceso constitutivo de significaciones sociales y de interpretaciones de aspectos que implican a una colectividad.

En lineamiento con lo anteriormente descrito, el trabajo contribuye en la investigación de *Los rendidos* a partir de una perspectiva filosófica y narrativa que aborda principalmente la íntima relación entre la particular estructuración del texto y los aspectos performativos de su contenido, el cual posee un marcado matiz político. La obra en cuestión fue publicada en 2015 y su estudio no ha sido profundizado aún por la crítica literaria, a pesar de presentar posturas que interrumpen las convicciones sobre el conflicto armado interno en una singular forma textual. En este escenario, el presente trabajo se propone investigar la influencia del objetivo autoral, y contenido controversial de *Los*

rendidos en la configuración de una obra con forma fragmentaria y tono dialógico. Además, en tanto exposición de una memoria subalterna, se incluye también una aproximación teórica sobre el carácter incompleto de los recuerdos y el conflicto inherente al relato colectivo.

Esta investigación posee como objetivo demostrar que Agüero articula una autoficción dialógica que le permite superar el daño epistémico a partir de la narración de una memoria subalterna que no pretende reclamar autoridad absoluta sobre la verdad; por el contrario, esta es cedida también al lector y, así, se plantea una apertura a la reflexión en torno a los paradigmas de la memoria oficial. Para verificar esta hipótesis, el trabajo se estructura en dos capítulos. El primero se enfoca en evidenciar el daño epistémico, producto de una injusticia testimonial, que perjudica la subjetividad del autor debido a un estigma que merma su credibilidad en espacios públicos y, por ende, determina su exclusión de la memoria hegemónica. Se subdivide en dos partes: primero, se explica cómo las vivencias narradas en *Los rendidos* exponen la institucionalización de un prejuicio en el imaginario social que colocan la identidad de Agüero en desventaja epistémica; segundo, se argumenta por qué esta situación, reflejo de una injusticia epistémica, habría debilitado su capacidad de comunicar el sentido de sus experiencias personales para la constitución de conocimientos e interpretaciones colectivas.

El segundo capítulo analiza cómo se configura una autoficción dialógica en *Los rendidos* a partir de una memoria subalterna narrada de tal modo que el escritor también cede la autoridad sobre la verdad de lo expuesto a un lector implícito. Esta parte posee dos subtemas: primero, se identifica a la memoria individual como una construcción narrativa de recuerdos que, en este caso, fueron silenciados en el ámbito público a causa de una normativa que restringía su manifestación; segundo, se analiza cómo el autor parte de una posición enunciativa dialógica para establecer un pacto de autenticidad con un

destinatario pensado como otredad sujeta a la memoria oficial y al orden simbólico que deriva de ella.

Para el marco teórico de la investigación, se consideran las siguientes fuentes. En primer lugar, para definir la categoría daño epistémico, me baso en el libro *Epistemic Injustice* de la filósofa Miranda Fricker porque teoriza las formas en las que una persona es objeto de una injusticia testimonial que daña su capacidad como portante de conocimiento verídico. Este libro es pertinente porque establece al daño epistémico como producto de estigmas sociales que distorsionan los juicios de los interlocutores y, así, evita que una forma de conocimiento o idea crítica sea recibida en una comunidad epistémica. En segundo lugar, para conceptualizar la categoría desventaja epistémica, posición desde la cual el autor de *Los rendidos* se enuncia, el artículo “The Relevance of Credibility Excess in a Proportional View of Epistemic Injustice: Differential Epistemic Authority and the Social Imaginary” de José Medina es preciso porque elucida cómo el imaginario social cumple un rol crucial en la creación y perpetuación de injusticias epistémicas que sustentan patrones de desventaja hermenéutica y epistémica.

En tercer lugar, para definir la categoría autoficción dialógica considero la ponencia “La autoficción dialógica” de Ken Benson, especialista en teoría de la literatura, porque establece que esta modalidad literaria se cimienta en una interacción activa entre autor y lector, y además refleja los difusos límites entre vivencia y relato de esta. El concepto que maneja Benson es pertinente para caracterizar a *Los rendidos*, pues es una obra en la que el escritor no reclama autoridad absoluta sobre la verdad, incluyendo sus memorias. En cuarto lugar, para conceptualizar la categoría de “memoria individual” y mostrar cómo Agüero configura una mediante la narrativa, utilizo el libro *La memoria, la historia, el olvido* del filósofo Paul Ricoeur porque sostiene que la narrativa confiere legibilidad al pasado personal y constituye la representación de la memoria. En quinto

lugar, el mismo texto de Benson es relevante para definir la categoría pacto de autenticidad porque sostiene que la autoficción dialógica logra cierto grado de credibilidad mediante la exposición de una intimidad y la inclusión del lector en la compleja relación vida-ficción, ya que este reconoce elementos históricos en el relato.

En sexto lugar, para colocar *Los rendidos* como perteneciente al espacio común a las escrituras que explicitan la inserción del autor en su propia narrativa, utilizo el libro *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* de Leonor Arfuch, ya que sustenta que el espacio biográfico es un umbral donde se revela, gracias a una aproximación a la interioridad de las personas, la profunda interacción entre lo privado y público. En séptimo lugar, para definir la categoría posición enunciativa dialógica y sustentar por qué *Los rendidos* se configura a partir de esta, utilizo el libro *Estética de la creación verbal* de Mijaíl Bajtín porque argumenta que la construcción del estilo de un enunciado es influenciada por proposiciones disidentes sobre el mismo tema, por cómo percibe el autor a sus destinatarios y por una anticipación a la reacción de posibles receptores.

A continuación, haré un breve estado de la cuestión. *Los rendidos* es una obra que todavía no ha sido considerablemente analizada; esto se evidencia en el hecho de que su estudio se ha limitado a artículos de corta extensión a excepción de la tesis académica de Carlos Rivas. Entre los temas que más interés han suscitado, destaca la inclusión de la complejidad en la subjetividad del senderista. Este aspecto ha sido ampliamente abordado por la tesis *¿Y realmente, no se nos parecen?: la representación de la figura del senderista en Los rendidos* de Carlos Rivas, quien sostiene que esta singular imagen en torno al senderista desestabiliza las demarcaciones de los discursos dominantes. Además, se ha analizado el cuestionamiento que realiza Agüero al carácter incompleto de la memoria oficial y sus explicaciones respecto al periodo de violencia. En “Visiones

literarias pos hegemónicas en el postconflicto peruano: el caso de *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*”, Ágata Cáceres argumenta que la obra permite la superación del silencio del estigmatizado gracias a que sus experiencias, excluidas del discurso hegemónico, acceden a la “oficialidad política”.

En adición a lo anterior, se ha estudiado cómo el texto de Agüero expone dimensiones desconocidas del conflicto, cuyas repercusiones aún afectan el presente. Lucero de Vivanco, en “Tres veces muertos: narrativas para la justicia y la reparación de la violencia simbólica en el Perú”, plantea que *Los rendidos* presenta una memoria restaurativa que aporta a la reparación de la violencia simbólica, la cual no suele ser reconocida como consecuencia del conflicto. Por otro lado, se ha estudiado también el carácter autobiográfico del texto y el punto de partida del autor como hijo de senderistas. En el artículo “El discurso autobiográfico y la responsabilidad de los ‘hijos’ en un contrapunto escritural...”, Lorena de la Paz analiza la obra desde el concepto de “relato de filiación” y sostiene que la escritura sería un espacio de legitimización para quien es rechazado por su origen.

En consonancia, también se ha abordado el tópico respecto al vínculo de la intimidad con lo político. Claudia Salazar, en “Escrituras del yo y políticas de la memoria: recepción y circulación de los textos de Lurgio Gavilán y José Carlos Agüero”, argumenta que las ‘escrituras del yo’ pueden ser una estrategia de validación o crítica del discurso oficial. De manera singular, la cuestión del perdón también ha sido analizada desde una perspectiva filosófica. En “Apuntes fenomenológicos sobre el perdón. Conversaciones entre la fenomenología de Merleau-Ponty y el libro *Los rendidos* de José Carlos Agüero”, Katherine Mansilla plantea que la obra de Agüero presenta la posibilidad de partir del ejercicio del perdón para reflexionar sobre la justicia; además, argumenta que el libro es un motivo para establecer un espacio intermedio para comprender históricamente al otro.

Ante estos artículos mencionados, mi investigación es un aporte novedoso porque analiza a *Los rendidos* desde el enfoque de la epistemología social, por lo que se utilizan las categorías de injusticia testimonial, injusticia hermenéutica y daño epistémico planteadas por Miranda Fricker. Esta metodología es pertinente para explicar la situación de exclusión que afronta Agüero debido a un estigma desacreditador que puede impedir la expresión pública de sus experiencias y limita su participación en los procesos sociales de interpretación sobre el pasado. Además, el trabajo considera también a la narrativa como una perspectiva analítica para dar cuenta de las diversas temporalidades de la memoria personal, y su sujeción a procesos de articulación narrativa y selección. Otro eje importante del trabajo reside en la incorporación de la filosofía en torno al reconocimiento de la alteridad y los aspectos performativos del enunciado. Esta decisión es oportuna dado que *Los rendidos* presenta una aproximación a una intimidad desconocida en el ámbito público y desestabiliza las certezas instauradas por el discurso oficial.

Por otro lado, si bien ya se ha abordado la pertenencia del texto a las ‘escrituras del yo’, mi investigación propone la modalidad literaria de la autoficción dialógica para explicar las decisiones autorales respecto a la inclusión de la otredad en la escritura. Esta designación, planteada por Ken Benson, enfatiza también que la forma y contenido de la obra responde a la marcada interacción entre el autor y el lector implícito o potencial destinatario.

CAPÍTULO 1

EL DAÑO EPISTÉMICO ORIGINADO POR LA INJUSTICIA TESTIMONIAL: LA EVIDENCIA DEL SILENCIO IMPUESTO AL ESTIGMATIZADO EN LOS *RENDIDOS*

“He vivido sí, largo tiempo, buscando un lugar legítimo para escribir, para hablar y para actuar en el espacio público. Pero no ha sido ni es sencillo” (Agüero 2015: 119).

La reflexión sobre un pasado marcado por la violencia es también un espacio político en el que distintos sentidos se confrontan para constituir la lectura hegemónica sobre los sucesos. En el curso de esta elucidación, no todas las personas intervienen activamente, aun cuando podrían participar mediante la exposición de sus vivencias enmarcadas por el acontecimiento en cuestión. La complejidad de este proceso, el cual requiere de una recopilación de testimonios e interpretación de los hechos, puede ser explicitada en cómo se concibe ahora al conflicto que perturbó la sociedad peruana durante las décadas de los 80 y 90. En el contexto actual, este tema aún incita enérgicos debates que, en general, evidencian el marcado convencimiento de que existieron victimarios y víctimas que cumplen con perfiles específicos e indiscutibles.

A pesar de que el conflicto enfrentó a una sociedad entera contra sí misma, aún predomina una perspectiva que parte desde la dicotomía y concluye que este periodo consistió en una pugna entre un ‘nosotros’ y un Otros. Estos Otros son entendidos como monstruos, como terroristas que aparecieron súbitamente y trastocaron las vidas de inocentes. En consonancia con este juicio, existe una pronunciada apertura a escuchar a

estas víctimas y los testimonios sobre sus experiencias de dolor nos aproximan a la cruenta realidad que significó este periodo. Por el contrario, poco se ha escuchado sobre las vivencias de quienes fueron partícipes de la violencia, pero cuyos derechos fundamentales también fueron violados. Esto responde al hecho de que se ha construido un estigma que los despoja de su humanidad y se suele considerar que sus voces no merecen ser atendidas por haber estado implicados en los horrores del conflicto.

En este contexto, José Carlos Agüero, como hijo de militantes de Sendero Luminoso, es asociado a este estigma que determina su descalificación como persona que pueda compartir lo que experimentó durante este periodo. Sin embargo, ¿cuáles son las implicancias de negarse a escuchar a quienes vivieron este conflicto desde el otro lado, desde donde creemos que habitó el enemigo que dejó de ser humano? Ello deviene en la exclusión de una persona en el proceso de interpretación, aun cuando su relato vivencial podría contribuir a expandir el horizonte de nuestra comprensión, como sociedad, sobre este periodo que nos resulta aún tan ininteligible. En relación con la exclusión de una persona de un espacio público que admita sus juicios y opiniones, la filósofa Miranda Fricker denomina injusticia testimonial, un tipo de injusticia epistémica, a la situación en la que la credibilidad de un individuo es reducida debido al prejuicio que se le adscribe dentro de un marco social (2007: 130). A partir del análisis de *Los rendidos*, se sostiene que Agüero es objeto de este tipo de injusticia que obstaculiza su participación en el diálogo público sobre la interpretación del conflicto.

La distorsión de los juicios de credibilidad en torno a lo que un individuo enuncia configura un daño epistémico que refiere al hecho de que el conocimiento con potencial de ser transmitido a otras personas no es recibido por estas y, al mismo tiempo, ello representa una disfunción en el sistema epistémico de una sociedad (Fricker 2007: 43). En este sentido, una injusticia testimonial supone también un perjuicio sobre quien asigna

un estigma, ya que evita que una idea trascienda a lo público y, por ende, reduce la capacidad de una sociedad de comprender ciertos hechos del pasado. El siguiente capítulo se propone explicar cómo se produce el daño epistémico que deriva de la injusticia testimonial infligida sobre Agüero, en tanto hijo de senderistas. Para ello, se analizarán las consecuencias de la institucionalización del prejuicio contra su identidad en el imaginario social con la intención de elucidar cómo la exclusión agravia su subjetividad y limita su participación en la construcción de sentidos críticos colectivos.

1.1 La institucionalización del prejuicio contra José Carlos Agüero en el imaginario social peruano

En *Los rendidos*, el autor describe su experiencia de exclusión mediante relatos en los que distintas personas externas a su círculo íntimo lo invistieron como individuo intrínsecamente condenable cuando descubrieron que sus padres fueron militantes de Sendero Luminoso. Un ejemplo de ello es el siguiente fragmento que corresponde a la reflexión de Agüero sobre la tendencia de que sea denotado como una persona con quien relacionarse supone un peligro latente: “A mí no me habían visto nunca, pero me habían construido desde su memoria de mi madre como un anexo de ella. Proyectado como una fuente de resentimiento, un senderista biológico, esencial, contagioso” (40). Además, explicita que la militancia de sus padres está relacionada con el prejuicio que lo circunscribe. Esto se debe a que la asociación con acusados de terrorismo determinó un “estigma culposo”, por lo que las personas circundantes al señalado como terrorista decidieron “... romper cualquier relación con aquellos que estaban ya contaminados por dicho estigma” (Aguirre 2011: 120). De esta manera, las personas pueden atribuirle a Agüero una identidad a partir de los actos de sus padres y, omitiendo su capacidad de agencia individual, lo desacreditan como persona por creer que sigue los mismos ideales.

A partir de ello, se argumenta que la representación del senderista en el marco social peruano es fundamento del estigma que interfiere en el desenvolvimiento de Agüero en espacios de interacción con personas sujetas a la narrativa oficial que sostiene una figura estereotipada del senderista. En primer lugar, considerando como base a *Los rendidos*, esta sección del trabajo se enfoca en demostrar que la estigmatización de Agüero implica una seria limitación del grado en el que estamos dispuestos a interactuar con la alteridad; en este caso, con el Otro que puede ser percibido como enemigo y amenaza. En segundo lugar, se explica que la renuencia de las personas a establecer un diálogo con Agüero, debido a su ascendencia, refleja el hecho de que aquello que pretende transmitir es desacreditado incluso antes de que sea emitido. Así, se sostiene que su identidad tiene un posicionamiento en desventaja epistémica, puesto que es imposibilitado de compartir públicamente algunas de sus experiencias y opiniones.

Para analizar las consecuencias del estigma inscrito sobre Agüero en las maneras como se relaciona con otras personas, es fundamental resaltar que el autor afirma cargar con una vergüenza que parte de la agencia de sus padres como senderistas. Esto es detallado en un fragmento de *Los rendidos* sobre la constante presencia de esta sensación:

Esta vergüenza no requiere ser activada. Forma parte de cada cosa que haces y de cómo te relacionas con los demás. Se construye a sí misma por años con cada mentira, silencio, secreto, con cada evasiva, cada relato o con los largos momentos de soledad. ¿A cuánta gente mató mis padres? Saberlo es innecesario. Solo que sea posible plantear esta pregunta en cualquier momento, y que sea válida, es lo que sostiene este tipo de vergüenza (20).

En consonancia con esta reflexión, el autor respondió en una entrevista que la sensación de estar medio sucio "... obliga a las personas a toda una performance que puede durar una vida entera para vincularnos, para básicamente encontrar modos de no decir cosas; de encajar, o de silenciar parte de nuestra historia familiar" (De Vivanco y Amaro 2017: 321). De esta manera, Agüero describe cómo el ser hijo de senderistas implica una necesidad de adoptar cierto comportamiento de silencio y evasión para poder

interactuar con otras personas sin conflicto alguno. Esto revela que es consciente de que, en caso exponga la verdad sobre sus padres, perderá autoridad sobre la identidad que otros le asignen, pues su agencia puede ser omitida por un prejuicio.

Cuando se le adscribe un estigma a una persona, esta es desposeída de su carácter humano y es desacreditada por ser vista como censurable; en consecuencia, partiendo de esta percepción sesgada, tendemos a someter al estigmatizado a diversas variables de discriminación que limitan las posibilidades de su proyecto de vida (Goffman 2006: 15). En este sentido, quien atribuye el estigma participa en la perpetuación y acentuación de las restricciones implícitas que afronta el desacreditado en diversos ámbitos de su vida. Además, se establece una precaria relación interpersonal con el portador de un estigma, pues la interacción no permite que el Otro se enuncie desde su subjetividad sin que sus manifestaciones sean distorsionadas por prejuicios arraigados en una sociedad. Esto se asocia con el hecho de que las representaciones vigentes en una colectividad son "...mediaciones simbólicas que contribuyen a la instauración del vínculo social; simbolizan las identidades que confieren una configuración determinada a estos vínculos sociales en su curso de instauración" (Ricoeur 2006: 176).

En el caso de Agüero, la representación simbólica que influye marcadamente en sus prácticas sociales es la que sintetiza al senderista en el imaginario social peruano. El autor es consciente de la repercusión que posee la militancia de sus padres en sus relaciones interpersonales; sobre todo, en cómo puede desencadenar que su subjetividad sea percibida de modo diferente una vez que la agencia de sus progenitores durante el conflicto armado sea revelada. La divulgación de esta información suprimiría la posibilidad de que Agüero se enuncie a partir de su individualidad, independientemente de las acciones de sus padres. Como consecuencia de que su identidad personal sea anexada a la militancia de ellos, las actitudes de las personas hacia Agüero podrían

traducirse en reacciones directas a los actos perpetrados por senderistas. El autor reflexiona sobre esta latente posibilidad de que su subjetividad pierda influencia respecto al tipo de reconocimiento que le confieran los demás:

Cuando las víctimas de violaciones de los derechos humanos me contaban sus casos, su resentimiento hacia el Ejército pero también hacia Sendero, cuando me contaban las torturas atroces que habían sufrido bajo su poder, mi ser se concentraba en oírlos, en prestarles mi único capital: escucharlos para que existieran. [...] Pero luego, luego, cuando el trabajo terminaba, me preguntaba ¿si supieran que mis padres fueron senderistas? ¿Me seguirían contando sus cosas, seguirían siendo mis amigas? (57-58).

Entre las obras narrativas sobre el periodo de violencia política de los 80 y 90, predominan las “representaciones maniqueas” de los militantes de Sendero Luminoso (Rivas 2018: 46). Considerando que los textos literarios constituyen una importante expresión del imaginario que se ha construido en torno al pasado de violencia, una representación sin matices sugiere la reducida comprensión que se tiene sobre la subjetividad de quien es percibido como enemigo intrínsecamente malo. Esta dominante prefiguración que consiste en una imagen limitada del senderista es la que influye negativamente en el modo como las personas distinguen a individuos como Agüero; es decir, a quienes tengan lazos de parentesco o de otro tipo con militantes de Sendero. El autor, al ser concebido como extensión de sus padres, puede llegar a ser visto como un individuo lleno de resentimiento y esencialmente inhumano. Así lo percibe él: “... soy por extensión parte de los que o son culpables o deben quedarse callados por respeto o sentido de sobrevivencia” (131). Irremediabilmente, esta asociación también se expresa en relaciones truncadas cuando las personas descubren la ascendencia de Agüero.

Entonces, el estigmatizado afronta un acentuado problema por lograr ser reconocido en su subjetividad y no por el prejuicio en su contra. Dentro del plano de las prácticas sociales, “el ‘Otro’ es reconocido y confiere reconocimiento a través de un conjunto de normas que rigen la reconocibilidad” (Butler 2009: 41). Las pautas que determinan la identificación de la complejidad de la vida y agencia de una persona están

relacionadas con concepciones en torno a lo que puede ser escuchado o, por el contrario, resulta totalmente censurable. Desde la dimensión de la moral y valores superiores, los juicios de culpabilidad o inocencia suelen ser fundamentos para reducir la vida del ‘Otro’ a un dictamen; en consecuencia, el reconocimiento integral de su subjetividad es obstaculizado al igual que la reflexión en torno a esta (Butler 2009: 65-66). La tendencia de resumir la vida de alguien a partir de una sentencia se manifiesta también cuando se decide que una persona, como Agüero, calza con un estigma relacionado con quienes fueron autores de actos de violencia. Ello define el rechazo de interactuar con quien posee el rótulo de culpable y suprime la posibilidad de reflexionar sobre su subjetividad como otra posibilidad de existencia humana, pues su vida se reduce a lo que justifica su estigma.

De esta manera, la experiencia de la alteridad, entendida como el Otro opuesto y diferente a un ‘nosotros’, es silenciada y los relatos de sus vivencias dan a conocer los mecanismos de exclusión que determinan quién es el Otro (Donovan 2011: 24). Partiendo de esta definición de alteridad, familiares de militantes senderistas pueden ser pensados como tales, ya que son percibidos como Otros asociados al enemigo totalmente diferente de ‘nosotros’ en el marco de la memoria sobre el conflicto. Ello supone que voces y experiencias, como las de Agüero, sean silenciadas en la articulación de la interpretación sobre este suceso histórico. Esto es resultado de la perpetua desacreditación, en torno a personas asociadas a senderistas, que deriva de un estigma por el que se concluye que son individuos con quienes es imposible dialogar o llegar a una reconciliación. Esta censura que afronta el hijo de militantes de Sendero es expresada en *Los rendidos* en relación con la posibilidad de ser legitimado socialmente como víctima y, por ende, poder perdonar:

Me he preguntado largo tiempo, como otros, ¿puede la culpa heredarse, transformada en vergüenza por el origen y los antepasados? Si no soy una víctima legítima para la sociedad y el Estado ¿puedo reclamar para mí algo de consuelo? Más aún, ¿puedo atribuirme el derecho a perdonar a alguien? Creo que perdonar es un don. Y que en este sentido, su facultad está restringida a ciertas personas [...] Para perdonar necesito primero ser una víctima. Y ser una víctima es simbólicamente algo positivo, un espacio de significación

cargado de valoraciones positivas (aunque paradójicamente, se funde en un padecer). Un hijo de terroristas muertos no tiene, en principio, como capital social y simbólico, estas cualidades positivas (119-120).

A partir de lo anteriormente expuesto sobre las implicancias de un prejuicio en las relaciones sociales y credibilidad de la persona, se puede concebir al estigma contra Agüero como sustento de la injusticia testimonial de la que es objeto a causa de la narrativa hegemónica en torno al conflicto armado interno. El individuo sobre el que se inflige una injusticia testimonial no logra transmitir satisfactoriamente sus experiencias porque sus oyentes le adscriben un prejuicio y, en consecuencia, lo perciben como alguien con reducida credibilidad (Fricker 2007: 4). En este sentido, existe una estrecha relación entre dicha situación de injusticia, los prejuicios sociales y el contexto en el que predominan este tipo de representaciones limitadas. Respecto al rol de este último en la perpetuación del daño epistémico que deriva de una injusticia testimonial, Medina sostiene que el imaginario social tiene la capacidad de determinar lo que es más visible e inteligible, y otorga mayor autoridad y credibilidad a ciertas perspectivas en detrimento de otras que son silenciadas o minimizadas (2011: 27). Es así como, en el marco de las interlocuciones públicas, las ideas arraigadas en una sociedad pueden configurar déficits y excesos de credibilidad, lo cual interfiere en la transmisión eficiente de conocimiento.

Debido a que Agüero carga con un estigma, aquello que exprese públicamente puede ser descalificado incluso antes de ser escuchado. La latente posibilidad de ser censurado o tergiversado por los demás habría generado que el autor de *Los rendidos* haya procurado evitar manifestar sus vivencias y reflexiones sobre el pasado de violencia a nivel público. De este modo, la injusticia testimonial de la que es objeto merma su capacidad comunicativa, pues, en tanto se revele quiénes fueron sus padres, se le sitúa en una posición enunciativa en desventaja epistémica. Como efecto de ello, es dañada su capacidad de compartir experiencias e interpretaciones sobre un acontecimiento histórico

que concierne a toda una sociedad. Así, la injusticia testimonial, al evitar que un individuo se comunique satisfactoriamente, produciría también una injusticia hermenéutica. Estas, según Medina, derivan de obstáculos y limitaciones en el imaginario social que ocasionan la inhabilidad de ver o escuchar determinados aspectos de la realidad; es decir, generan formas sociales de ceguera que limitan las capacidades comunicativas y epistémicas de ciertos grupos y, en consecuencia, impiden un verdadero entendimiento, al nivel del individuo y sociedad, de sus experiencias (traducción propia) (Medina 2011: 27).

En el marco de la memoria sobre el periodo de violencia, la exclusión de Agüero del rótulo de “víctima” implica que su voz, a diferencia de quienes sufrieron directa o indirectamente a causa de actos de las FF.AA. o senderistas, no sea privilegiada. Debido a que su experiencia de dolor es una reacción a las muertes extrajudiciales de sus padres militantes, su testimonio no suele ser reconocido como perteneciente a la memoria oficial, del mismo modo que su interpretación es invalidada. Así, se configura una situación de ‘exclusión epistémica’ que es consecuencia de la reducida credibilidad del estigmatizado, ante la mirada de los demás, al momento de manifestar testimonios y reflexiones. Dotson sostiene que la exclusión epistémica, la cual deviene en opresión epistémica, es el resultado de una injustificable transgresión sobre la agencia epistémica de un portador de conocimiento, cuya habilidad para participar en la producción colectiva de conocimiento es reducida (traducción propia) (2014: 123). Es decir, la disminuida credibilidad de quien porta un estigma genera que su capacidad de comunicar conocimientos e interpretaciones, los cuales parten de experiencias ajenas a los demás, sea restringida.

Considerando que los estigmas son sustentados por las representaciones simbólicas dentro de una sociedad, resulta fundamental describir cómo el imaginario dominante margina las experiencias de quien es objeto de una exclusión epistémica. Los imaginarios sociales institucionalizados han sido construidos, en gran medida, para

reflejar las experiencias de personas situadas en posiciones enunciativas con mayor credibilidad; en consecuencia, las vivencias de quienes no son considerados se tornan en incomprensibles o inabordables (Dotson 2014: 127). En este sentido, la exclusión de ciertos agentes de la memoria oficial sobre el conflicto armado supone que el imaginario que se construya a partir de ella sea limitado. De igual manera, el carácter reducido de cómo se recuerde este periodo genera que los recursos epistémicos, disponibles para describir experiencias dentro de esta etapa, sean mínimos para la persona excluida del relato oficial. En otros términos, el individuo, cuyas vivencias no son admitidas en la memoria dominante, enfrentará distintos obstáculos comunicativos e interactivos para compartir inteligiblemente sus experiencias, ya que estas pueden resultar inconcebibles para personas sujetas a un imaginario limitado que deriva de una memoria excluyente.

Entonces, a partir de un relato que no admite ciertas voces estigmatizadas, se habría articulado una memoria oficial que no ofrece un espacio legítimo de diálogo para ciertos agentes que vivieron el conflicto. Esto genera que alguien excluido, como Agüero, tenga la necesidad de utilizar recursos epistémicos colectivos, los cuales confieren determinados sentidos al pasado, para poder establecer un diálogo con quienes están sujetos a un imaginario sustentado por una memoria selectiva. Esta disyuntiva es detallada por Agüero en una entrevista:

No digo que SL no haya cometido terrorismo, obviamente cometió terrorismo. Lo que yo digo es que utilizar la palabra “terrorismo” no es inocente, forma parte de una estructura mayor de discurso global, que nos lleva a una interpretación de toda la historia [...] y nos sitúa políticamente y también moralmente en el presente. Y yo me siento muy alejado de ese tipo de estructuración. Pero, digamos, esa es una discusión académica, también política. Hay gente que sí cree que es legítimo decirlo, que es legítimo hablar de terrorismo, que realmente sufrieron acciones terroristas, que su familia o su entorno vivió el miedo y aún hoy lo vive. Entonces, cualquier cosa —incluido este libro— es una amenaza. Para poder conversar sobre estos temas que yo quiero conversar, podría simplemente hacer paréntesis de estas sensibilidades. Pero no sería coherente con lo que estoy intentando, que es: primero, intentemos conversar. ¿Cómo voy a intentar conversar si no respeto lo que tú sientes? [...] Si quieren decir “terrorismo”, que digan. Eso es lo primero. Ya, no estoy de acuerdo, no importa. Queremos hablar así, en esos términos. Hablemos, si sirve para conversar, úsalo (De Vivanco y Amaro 2017: 328-329).

1.2 El impacto de la injusticia epistémica en la comunicación efectiva de sentidos críticos

En el marco de la memoria oficial e interpretación sobre el periodo de violencia armada, José Carlos Agüero es objeto de una injusticia testimonial que daña su capacidad de comunicar ciertas ideas y experiencias en determinados espacios. Fricker sostiene que esta situación de reducida posibilidad de transmitir cogniciones es una variación de injusticia epistémica (2017: 4). Los juicios distorsionados sobre la credibilidad de una persona debido a un prejuicio que la enmarca ocasionan un daño epistémico porque impiden que ciertos conocimientos sean recibidos y, en consecuencia, algunas ideas críticas tampoco son admitidas en el contexto social que sostiene dicho estigma (2017: 43). Así, la injusticia epistémica producto de un prejuicio daña al sujeto en su capacidad de transmitir conocimiento, la cual es esencial al ser humano (Fricker 2017: 44).

Como hijo de senderistas, la participación de Agüero en espacios de discusión sobre el pasado puede ser rechazada; además, su subjetividad suele ser reconocida como adscrita a la agencia militante de sus padres. En comparación con quienes no son asociados con los autores de los actos de violencia o son aceptados como víctimas, Agüero posee un grado de intervención marcadamente inferior. Su exclusión de procesos de construcción de significaciones sociales sobre este acontecimiento implica que la interpretación que se articule colectivamente sea limitada. En tanto la comprensión de un conflicto no aborde todas sus dimensiones, ciertos aspectos sociales de una comunidad epistémica resultarán ininteligibles o incluso desconocidos para la mayoría de personas, sobre todo, las experiencias de quienes son apartados de la formación de sentidos sociales.

En *Los rendidos*, el autor reconoce que no ha encontrado espacios legítimos para comunicar sus vivencias, pues estas no encajan con el discurso que rige la memoria oficial. Ante esta situación, las reflexiones a las que Agüero ha llegado, dentro de su

intimidad, se articulan en este texto con el objetivo de insertar lo omitido en el debate. En esta sección, se analizará cuál es el impacto de la injusticia epistémica en la comunicación efectiva de sentidos críticos en el imaginario arraigado en la sociedad. Primero, se explicará cómo la credibilidad reducida de Agüero genera que sus vivencias sean silenciadas por la memoria hegemónica y victimocéntrica que se ha estructurado respecto al periodo de violencia de las décadas de los 80 y 90. Segundo, se demostrará por qué la renuencia a admitir voces controversiales al debate deviene en una exclusión en detrimento de la reflexión crítica sobre un pasado de violencia y un presente aún fracturado por dicho acontecimiento.

Agüero relata vivencias que han sido excluidas de la memoria oficial debido a que irrumpen de manera conflictiva en la narrativa del discurso oficial sobre el pasado de violencia. Respecto a la ausencia de un espacio en el que pueda expresar la experiencia de dolor por la pérdida sus padres, el autor reflexiona lo siguiente:

Me he resistido a la autovictimización. O a que me traten con lástima. Además, siempre he sospechado que no habría mucha empatía hacia mi tipo de experiencia. Hijo de terroristas, por más que hayan sido mal matados, algo de malo tendrá. ¿Pero que yo no lo necesite quiere decir que no lo necesitan otros? ¿No hay otros en busca de un reconocimiento a su dolor, para que valga algo? ¿Es tan difícil abrirles un espacio en esta tipología de los que han sido devastados por la guerra? (115).

Inevitablemente, estas preguntas se sienten dirigidas a los lectores, en tanto personas que probablemente desconocen este lado de la violencia del conflicto y solo rememoran este desde narrativas históricas o testimonios de víctimas convencionales.

El hecho de que estas experiencias sean poco difundidas es resultado de un déficit de credibilidad, pues involucran a personas marcadas por un estigma que las deshumaniza ante las miradas de los demás e impide la enunciación de sus vivencias. Sobre esta diferenciación, Medina sostiene que existe una íntima relación entre excesos y déficits de credibilidad que se evidencia en situaciones de opresión en las que disparidades sociales afectan los grados de reconocimiento que se les da a distintos grupos, lo cual genera

desigualdades como, por ejemplo, las relacionadas a la agencia epistémica (2011: 20). La manera como se identifica, a partir de un estigma social, a ex-senderistas y, por asociación, a sus familiares limita en qué medida y bajo qué circunstancias es posible que sus vivencias trasciendan de la censura y condena.

En este sentido, la memoria que se articule sobre el conflicto está influenciada por disparidades sociales vigentes que pueden determinar la exclusión de las vivencias de ciertas personas; en este caso, de quienes son descalificadas por un prejuicio. Debido a su carácter político, la memoria colectiva puede otorgar un determinado sentido a los eventos del pasado, los cuales son insertados en esquemas contemporáneos de significados (Jacoby 2015: 523). Así, esta función repercute también en la construcción y perpetuación de representaciones limitadas sobre el pasado, las cuales influyen en prácticas sociales actuales. En el caso de la constitución de la memoria oficial sobre el periodo de los 80 y 90, la víctima adquirió un papel central en la constitución de la narrativa sobre los hechos. No obstante, es necesario resaltar que, en la posterioridad de un conflicto, ser reconocido como víctima puede ser un privilegio no concedido a todas las personas afectadas durante este (Jacoby 2015: 517). Ser identificado como tal dependería de factores sociales y políticos que, a su vez, establecen un singular perfil en torno a esta designación.

A pesar de que su vida fue trastocada por las muertes extrajudiciales de sus padres, Agüero no podría ser considerado como víctima. Por el contrario, su estigma determina que sea asociado con los autores de actos de terror; en consecuencia, en la articulación de la memoria, su voz no posee autoridad como la de alguien aceptado como víctima bajo estándares sociales. Esto enfatiza el hecho de que el relato predominante puede excluir la participación de individuos que no calzan en la denominación tradicional de víctima. En consonancia a esto, Jelin sostiene que, en situaciones en las que las víctimas corporales ostentan legitimidad para expresar sus vivencias de dolor, "... esta autoridad simbólica

puede fácilmente deslizarse (consciente o inconscientemente) a un reclamo monopólico del sentido y del contenido de la memoria y de la verdad” (2012: 24). Sobre la existencia de personas que sufren la pérdida de familiares militantes de Sendero, pero que no han sido reconocidas socialmente como víctimas, Agüero escribe: “La víctima, con o sin la participación de estos victimizadores, está allí, aunque no se la quiera ver o se la descarte del lenguaje. En algún lugar del mundo alguien se conduele de un deudo de una guerra, en secreto. Quizá tu vecino. Y quizá nunca lo sepas porque quizá calle toda su vida” (115).

La instauración de una memoria hegemónica en el imaginario social se lleva a cabo mediante la selección de lo memorable, las interpretaciones válidas y las maneras de su reproducción. Respecto al carácter conflictivo de este proceso de institución, Crenzel explica lo siguiente:

Los regímenes de memoria son el resultado de relaciones de poder, y a la vez, contribuyen a su reproducción. Sin embargo, si bien su configuración y expansión en la esfera pública son producto de la relación entre fuerzas políticas, también obedecen a la integración de sentidos sobre el pasado producidos por actores que, al calor de sus luchas contra las ideas dominantes, logran elaborar e imponer sus propios marcos interpretativos (2008: 27).

En el contexto peruano, la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) ejerció un rol crucial para dar cuenta de las dimensiones del conflicto; además, su agencia trascendió lo descriptivo, pues participó en la construcción, y consolidación de un discurso y su orden simbólico. Como sostienen Castaño y Jurado sobre los trabajos institucionales, “... las comisiones de la verdad son determinantes en la construcción de la sociedad del posconflicto, por cuanto [...] construyen una narrativa social a partir de la cual se erigen nociones de realidad compartidas” (2019: 163).

La memoria oficial que fracasa en reconocer su incapacidad de sintetizar las vivencias de todos los afectados por un conflicto tiene fuertes implicancias en la subjetividad de quien la acepta como válida y de quien no es incluido en su construcción. En principio, cuando se institucionaliza una memoria hegemónica sobre la exclusión de

ciertos relatos, se constituye una forma dañina de olvido en la que se “desposee a los actores sociales de su poder originario de narrarse a sí mismos” (Ricoeur 2005: 582). De esta manera, la selectividad de la memoria oficial supone que Agüero, como individuo estigmatizado y censurado, sea dañado en su capacidad de contar públicamente sobre sí mismo y sus vivencias. A su vez, ello genera que el relato sobre el pasado sea incompleto y quien lo asimile tenga una concepción que falla en reflejar la complejidad del conflicto. Respecto a la percepción de la autoridad diferenciada en la expresión de vivencias e interpretaciones, Agüero respondió en una entrevista lo siguiente: “Hay algunos que tienen más autoridad simbólica para expresar su memoria, sus recuerdos, su historia, sus opiniones sobre temas controversiales, como la violencia política o el conflicto armado interno, y otros que no” (De Vivanco y Amaro 2017: 320).

En este orden emblemático de la memoria, resulta ineludible que la reflexión crítica sobre el pasado de violencia derive de la exclusión de ciertos agentes señalados como condenables. En consecuencia, su contenido puede revelarse como insuficiente cuando se discuten temas que no se han considerado en el proceso de su formulación. De esta forma, el hecho de que el análisis crítico mantenga como punto de partida la fracturación de la sociedad en victimarios e inocentes implica que este prescinda de dimensiones claves para abordar la complejidad de los hechos e involucrados. Agüero evidencia en *Los rendidos* que ciertas cuestiones cruciales para reflexionar sobre el pasado de violencia peruano han sido marginadas por una memoria que ha priorizado la voz de una “víctima inocente” en detrimento de sujetos controversiales que no encajan con este rótulo.

Esta perspectiva que, desde el presente, se enfoca en el fondo moral de los testimonios puede generar que algunos no sean expresados o lo enunciado sea, en realidad, una tentativa por encajar con el discurso. Sobre esta mirada vigente que parte

desde la superioridad moral, Agüero escribe lo siguiente: “Porque al serlo, al ser guardián de alguna moral superior, se hace difícil escuchar al que tiene algo diferente que decir, porque lo puedes estar obligando a callar o a decantarse por un discurso políticamente correcto con tal de que cualquier sospecha de terrorismo se aleje de él” (23-24). En relación con esta reflexión sobre los principios morales impuestos para poder compartir un testimonio, el autor menciona el costo asumido por miembros de la CVR y las ONG para lograr que los afectados por la violencia puedan recibir algunas reparaciones:

Se aceptó que las víctimas vinculadas a Sendero Luminoso no podían formar parte del proceso de reparaciones. Esto, lo saben bien, es una negociación de un derecho humano fundamental no negociable. Conozco y seguro ellos conocen muchas más, personas que por haber sido indicadas como terroristas por otras, sin haber sido juzgadas por ello, se han quedado al margen de su registro. Y estas personas no pueden ser más víctimas y si se quiere usar ese lenguaje, más inocentes que cualquiera, que yo, que muchos de los que van por la vida tranquilos (111).

Considerando los estragos causados por el conflicto armado, tiene sentido que pueda parecer como irrealizable el acto de escuchar a quien formó parte de las fuerzas subversivas o a quien es asociado a estas. Sin embargo, a pesar de que se conciba como imposible encontrar algo en común con el ‘enemigo’ durante la interacción con él, es necesario afrontar esta situación para superar una comprensión limitada de nuestra realidad. Esto solo es posible mediante la aceptación de que somos, en tanto sociedad, necesarios para que se enuncie lo que se ha omitido y permanece ausente en el entendimiento de nuestro pasado. Este objetivo implica que afrontemos momentos en los que creemos imposible hallar un espacio compartido de diálogo con el Otro. Según Butler, encontrarnos en una situación en la que escuchemos al Otro diferente significa que nos ubicamos en “... en las fronteras de lo que conocemos, pero de todas maneras necesitamos de recibir y ofrecer reconocimiento” (2009: 36). En este punto que nos reta a atender al Otro, se explicita la relevancia de que alguien escuche lo que ha persistido como silenciado, pues representa una oportunidad para trascender los márgenes de la reflexión sobre el pasado que aún delimita ciertos aspectos del presente.

Entonces, la importancia de no considerar solo los testimonios victimocéntricos reside en que estos pueden tornarse en los fundamentos únicos y definitivos del conocimiento que se reúna sobre un acontecimiento; por este motivo, la reflexión puede perder su carácter provisorio y convertirse en un juicio incuestionable. Asimismo, los testimonios de quienes son aceptados como víctimas son "...discursos y no deberían quedar encerrados en una cristalización inabordable (...)" (Sarlo 2007: 62) porque, junto a estos, existen relatos que carecen de esta autoridad legitimada y sería ingenuo considerar como conocimiento definitivo lo que se sustenta meramente en testimonios (Sarlo 2007: 63). Además, paralelamente a lo que es manifestado públicamente, existen interpretaciones subalternas que, al ser discordantes con el discurso oficial, son acalladas por normas que derivan de narrativas socialmente aceptadas. Así, la preconcepción de que existe un determinado perfil para reconocer una víctima del conflicto impide que esta limitada representación sea cuestionada.

La discusión para defender u objetar la legitimidad de este modelo, fundamentado en las vivencias de una víctima inocente, se da cuando surgen voces controversiales que relatan experiencias de dolor que no han sido incluidas en este modelo. En *Los rendidos*, Agüero incluye testimonios de personas que no calzan por completo con la imagen de la víctima desprovista de agencia. El autor escribe sobre el relato de las experiencias de una comunidad, cuyos miembros interrumpen la figura moral y convencional de los afectados por el conflicto, pues serían, al mismo tiempo, personas que ejecutaron a otras. Son recordados como individuos cuyas motivaciones respondieron a la violencia:

Los hemos enterrado cerca, en una chacra. Y hemos guardado ese secreto. Por eso, por revelarnos, luego miembros de esta organización nos ha matado el año siguiente. A casi todos los dirigentes los mataron. Algo así me contaron en una comunidad. Pero no solo a mí, cuántos que han trabajado estos temas conocen decenas sino cientos de historias similares. El relato de un familiar de una víctima. Víctimas despedazadas por Sendero o por los militares frente a sus hijos, parejas, padres. Y que son víctimas asesinas. Haciendo "micropolítica" (100).

De este modo, como argumenta Jelin respecto a periodos de violencia y trauma, “Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma. El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida como la lucha ‘contra el olvido’: recordar para no repetir” (2012: 40). Este carácter conflictivo sostiene, en diferentes etapas, un espacio en el que se disputa la atribución de determinado sentido sobre el pasado y el objetivo de recordarlo. En el contexto peruano, el Informe Final de la CVR cumplió un rol importante en la determinación de una narrativa hegemónica, puesto que se propuso también una tarea interpretativa sobre lo sucedido. No obstante, su análisis, aunque buscó recopilar distintos testimonios, terminó por excluir a ciertos agentes en el proceso de significación sobre el pasado.

Tal como señala Milton, este documento “... fue un punto de partida importante para otras formas de contar la verdad en la esfera pública que emergieron bajo su sombra, y tanto el documento como el archivo asociado con el trabajo de la CVR serán una fuente fundamental para establecer una narrativa histórica sobre el conflicto para las próximas generaciones” (2016: 243). En *Los rendidos*, el autor explica que una interpretación que trascienda de los términos victimocéntricos aporta a la inclusión y comprensión de las complejas experiencias de quienes vivieron la violencia, las cuales no pueden reducirse a ser descritas bajo valores absolutos. Agüero reflexiona sobre el hecho de que el relato canónico en torno al conflicto se haya concentrado en la dicotomía víctima y victimario:

Que la víctima haya sido por décadas el centro del discurso respecto de la guerra no ha sido gratuito, ni ha sido un error. Pero hoy esa urgencia ha cedido [...] Es que la necesidad de comprender la guerra también se hace poderosa, pide su lugar junto a la agenda de las organizaciones de afectados y las ONG. Y cada nueva investigación hace evidente la limitación del viejo enfoque. Los pueblos y los barrios están poblados de recuerdos y estos nos hablan de personas con experiencias complejas, que no se dejan encasillar en las categorías de víctima y perpetrador. En el esquema antiguo, la guerra aparece como un hecho extraordinario, un paréntesis en la historia de las comunidades o barrios, una guerra que les cayó encima y con la que casi no tienen nada que ver, ninguna vinculación como no sea la de sufrirla (96-97).

Debido a que la memoria construye un orden simbólico que no logra integrar las vivencias de víctimas no reconocidas como tales, surge la necesidad de identificar este carácter inconcluso para no juzgar un discurso como incuestionable. Ello apunta hacia la importancia de seguir una política de la memoria que admita la posibilidad de reinterpretación a través del relato abierto (Castaño y Jurado 2019: 164). En consonancia con este objetivo, el aporte de *Los rendidos* reside en que establece como su horizonte la inserción de temas disruptivos y silenciados en el ámbito público. De este modo, contribuye en la orientación de la narrativa hegemónica hacia un punto de reconsideración y reinterpretación sobre el periodo de violencia. Con respecto a las implicancias de añadir lo olvidado en los relatos de la memoria, Agüero señaló lo siguiente: “Estas cosas que quedan fuera, si las incorporáramos, nos servirían para dejar de reproducir ciertas certezas sobre los discursos de derechos humanos en general” (De Vivanco 2019: 272).

Desde una posición de desventaja epistémica y como persona que conoce testimonios no emblemáticos, el autor establece como eje central el cuestionamiento de la designación la víctima según el relato canónico. Si bien es consciente de los perjuicios de centrar el análisis según estos términos, enfatiza que registrar la vivencia traumática de una persona desacreditada, responde a la necesidad de conferirle una voz y reconocimiento a quien no ha sido incorporada en la memoria hegemónica. Considerando que el término ‘víctima’ implica aceptar que el individuo ha sido trastocado por acciones externas y el daño interpersonal es intrínseco a un conflicto, la “...comprensión no puede, para ser completa, dejar de considerar la condición de las víctimas y su existencia real, no solo pensarlas como rótulos o momentos en una estrategia de defensa de derechos” (108).

En relación con esta situación de exclusión, Agüero narra el testimonio de tortura infligida a una ex-senderista que, consciente de su estigma, ha concluido que su vivencia

no es de relevancia para nadie; por el contrario, enunciarla significaría ser desacreditada.

A partir de ello, el autor argumenta por qué el análisis del conflicto todavía requiere ser pensado bajo términos que reconozcan la vulneración de individuos aún excluidos:

Cuando desmantelamos la centralidad o la función social de la víctima, ¿estamos pensando seriamente en personas como estas, que ni siquiera han tenido el modesto consuelo de ser tratadas como víctimas por su comunidad? Si tenemos razón y debemos salir de la víctima, ¿en qué páramo sin nombre quedan estos sujetos? ¿En qué lugar sin nombre dentro de nuestro mundo de memorias y derechos? Fantasmas que ni siquiera pueden ser víctimas, que son no-enunciabiles en el lenguaje convencional, semisujetos (103-104).

Al haber heredado el estigma adscrito al senderista, Agüero ha sido inhabilitado de compartir sus experiencias e interpretación a causa de una injusticia testimonial infligida sobre él. Ante su reducida credibilidad, *Los rendidos* se constituye como un medio en el que se evidencia la tentativa del autor por insertar lo silenciado en el espacio público con el objetivo de complejizar la limitada comprensión sobre el conflicto. Además, situaciones de injusticia testimonial y hermenéutica exigen que los oyentes de los excluidos reconozcan las brechas en la comprensión de experiencias colectivas con el fin de desarrollar una capacidad interpretativa que supere las limitaciones de un orden simbólico. Esto se debe a que ambas formas de injusticia se sustentan y reproducen en un imaginario social que dificulta que una persona escuche y valide ciertas cuestiones de su contexto a partir de lo que le cuenta otra, lo cual implica un daño epistémico. Para superar los obstáculos hermenéuticos derivados de injusticias epistémicas, es necesario que las personas desarrollen una capacidad interpretativa que les permita dar cuenta de situaciones en las que otro individuo afronta la dificultad de expresarse inteligiblemente a causa de una brecha en los recursos colectivos para interpretar (Medina 2011: 32).

La lectura de *Los rendidos* exige la suspensión de juicios arraigados en el imaginario predominante, ya que revela aspectos desconocidos a quien sigue representaciones que derivan de la memoria oficial. Así, se evidencia la necesidad de

generar espacios de incertidumbre para superar el daño epistémico y asimilar las vivencias de quienes han sido silenciados por portar un estigma que reduce su credibilidad y los deshumaniza. Mediante la atención a personas que no son víctimas convencionales, es posible reconocer las limitaciones de nuestra comprensión, ya que el daño epistémico obstaculiza la expresión inteligible del individuo excluido y complica que lo entendamos a partir de preconcepciones hegemónicas. Así mismo, la apertura a admitir otras voces contribuye a complejizar las nociones sobre el periodo de violencia.

Sobre la importancia de interceptar lo instaurado como certeza única, Agüero comentó: “Ese acto de escucha no aporta demasiado. Por lo tanto, puedo entender que no haya un gran acto espontáneo de ir a escuchar a la gente, ni institucional ni privadamente. Pero si no se hace, la realidad vinculada a la guerra (o al posconflicto) que tenemos en nuestra mente sería falsa” (De Vivanco 2019: 274). Esta respuesta del autor enfatiza la necesidad de escuchar, aun si resulte difícil, a quienes pueden ser cuestionados moralmente por sus actos o relaciones. Esta labor es afín al propósito de no perpetuar imágenes falsas o limitadas sobre el pasado de violencia que reproduzcan juicios sesgados o equivocados. De esta manera, se puede dar cuenta de las brechas en nuestra comprensión y superar el daño epistémico que se origina de la exclusión de algunas personas en el proceso interpretativo sobre este periodo.

En este capítulo se ha explicado cómo una injusticia testimonial que reduce la credibilidad de una persona por un prejuicio social, genera un daño epistémico que perjudica al individuo estigmatizado y, además, disminuye la efectividad de los recursos epistémicos de una sociedad para comprender la verdadera complejidad de un acontecimiento. En *Los rendidos*, como obra que interrumpe las convicciones procedentes de la memoria dominante, se evidencia que el relato oficial falla en integrar las voces de quienes son percibidos como divergentes al paradigma de ‘víctima inocente’.

En consecuencia, la memoria que fundamenta la narrativa oficial sobre los hechos fracasa en abarcar dimensiones claves para profundizar en el entendimiento del pasado de violencia y sus personajes.

En síntesis, Agüero, como hijo de senderistas, es objeto de una injusticia testimonial que ocasiona un daño en su agencia epistémica, pues su capacidad de transmitir sus experiencias sobre el conflicto es obstaculizada por un estigma que causa que los demás distorsionen o invaliden lo que enuncie. En primer lugar, *Los rendidos* explicita que el prejuicio contra su identidad está asociado a la representación del senderista como intrínsecamente inhumano en el imaginario social institucionalizado; así, el estigma que lo encasilla determina su posición enunciativa en desventaja epistémica, ya que otras personas lo desacreditan. En segundo lugar, la exclusión de sus experiencias es perpetuada por una memoria victimocéntrica que impide que comunique públicamente el sentido de ellas; de esta manera, se niega su participación en la emisión de juicios críticos que contribuyan a una comprensión más próxima a la complejidad del conflicto e impida la reproducción de imágenes simbólicas limitadas.

CAPÍTULO 2

LA ARTICULACIÓN DE UNA AUTOFICCIÓN DIALÓGICA A PARTIR DE LA CONSTITUCIÓN Y MANIFESTACIÓN DE UNA MEMORIA SUBALTERNA

En el capítulo anterior se evidenció que la subjetividad de José Carlos Agüero es agraviada por una injusticia testimonial originada por un prejuicio desacreditador que se le adscribe. Este perjudica su agencia como portador de conocimiento y como participante de procesos interpretativos sobre ciertos aspectos sociales. Además, se determinó que Agüero, como hijo de militantes senderistas, es asociado a un estigma que determina su exclusión de espacios públicos para transmitir sus experiencias en relación con el conflicto armado. Esta situación genera un daño epistémico que limita las posibilidades de Agüero para enunciarse ante los demás y también restringe la comprensión de una sociedad sobre un pasado de violencia. En este sentido, el estigma que porta el autor de *Los rendidos* podría significar un obstáculo infranqueable para la expresión pública de sus vivencias y reflexiones sin que estas sean desacreditadas o distorsionadas por la perspectiva sesgada del destinatario. No obstante, el presente trabajo sostiene que la obra estudiada es el medio sustancial por el que Agüero logra trascender los límites impuestos por el daño epistémico. Así, la enunciación de aquello que mantuvo dentro de los confines de su intimidad logra materializarse en la dimensión pública a través de la escritura.

El autor es consciente de que esta articulación de temas privados y controversiales supone una exposición a la reprobación social, ya que su identidad puede ser concebida como un anexo inseparable de la agencia militante de sus padres senderistas. Sin embargo,

el impacto de *Los rendidos* no se reduce a la subjetividad del autor, pues demarca un horizonte ético que concierne a la sociedad: manifestar lo silenciado con el objetivo de cuestionar las ‘certezas’ indiscutibles de la memoria sobre el conflicto. Así lo expresa él:

Pero nadie escribe en vano, aunque no escriba desde la claridad. Creo que hay experiencias que no tienen el valor de salvar a sus portadores de la reprobación, pero que al compartirlas sí pueden tener efectos hacia afuera, morales y políticos, que ayudan a hacer visible lo que se quiere dejar de lado y a desestabilizar los pactos a veces inconscientes con los que damos por natural nuestra realidad, nuestra historia de la guerra y su proyección en el orden del presente (15).

Los rendidos, como manifestación de rememoraciones de vivencias no incluidas en la memoria hegemónica, constituye un medio por el cual el daño epistémico en detrimento de Agüero es superado a través de la articulación de una ‘autoficción dialógica’. El concepto, planteado por Ken Benson, refiere a una modalidad literaria que exige un singular posicionamiento de lectura de carácter participativo; esto se debe a que la codependencia entre experiencia y su relato implica que el autor no presente su texto como verdad última (2011: 136). De igual modo, *Los rendidos* incluye un carácter dialógico con el lector dado que lo expuesto por Agüero no puede ser entendido sin que el receptor, adherido a un imaginario social que estigmatizaría al autor, suspenda ciertas “verdades históricas” y admita la posibilidad de reconocer las experiencias y afectividad de Agüero. Además, el entendimiento de lo narrado presupone la existencia de un pasado en común con el lector: el conflicto que perturbó a la sociedad peruana.

En este capítulo, se analizará cómo se configura una autoficción dialógica en *Los rendidos* a partir de la narración de una memoria subalterna que no reclama la autoridad absoluta sobre la verdad de un pasado. En primer lugar, se explicará mediante qué decisiones literarias la obra articula una memoria individual que consigue exponer recuerdos silenciados por la hostilidad de un discurso excluyente. En segundo lugar, se demostrará cómo Agüero parte de una posición enunciativa dialógica que posee el

potencial de restablecer su credibilidad en caso de que se logre un pacto de autenticidad con un destinatario pensado como otredad sujeta a la memoria oficial.

2.1 La memoria individual como construcción narrativa y performativa de recuerdos íntimos

El conjunto de experiencias que Agüero estructura en su obra no es compatible con el discurso de la memoria hegemónica que cumple un rol importante en la determinación de las significaciones que conforman el imaginario institucionalizado de una sociedad. Por esta razón, lo que el autor presenta y modula literariamente es una memoria subalterna que interrumpe la estabilidad de aquella que, al ser considerada como definitiva, fundamenta la narrativa sobre un pasado de violencia. Partiendo desde la voz desacreditada del hijo de militantes senderistas, *Los rendidos* expone una memoria individual atravesada por las distintas dimensiones temporales de un conflicto, el mismo que ha marcado la subjetividad del individuo que rememora y reflexiona en la obra: José Carlos Agüero. Si bien el texto se cimienta en la experiencia vital del autor y los distintos sentidos que este le atribuye desde el presente, la intimidad expuesta no se restringe a él; por el contrario, otros personajes y testimonios antitéticos a la memoria oficial son incorporados a través de las interacciones sobre las que Agüero escribe.

Según Benson, el hecho de que las experiencias necesiten pasar por una elaboración y organización narrativa para constituirse en recuerdos implica que toda memoria sea un relato; además, la expresión escrita de esta supone otra transformación lingüística que enfatiza la ambigüedad entre ficción y vivencia verídica (2011: 140). Entonces, como la experiencia vital, fuente originaria del autor, atraviesa un proceso de variaciones cuando deviene en un relato compartido, la memoria se revela como un componente esencial de la autoficción dialógica. Esto se debe a que el concepto “refleja perfectamente este complejo fenómeno en el que los límites entre historia y ficción, entre

vivencia y relato de esta vivencia, se difuminan y confunden” (2011: 137). Al evocar diferentes momentos de dolor, vergüenza y exclusión, *Los rendidos* se construye como una autoficción cuyo carácter dialógico genera que el lector *pueda imaginar* experiencias límites de personas, cuya humanidad negada es recordada mediante el relato de su intimidad, cotidianidad y la aseveración de la fragilidad de sus cuerpos.

En este subcapítulo, se explicarán las implicancias de que el texto tenga como fundamento la articulación de una memoria configurada mediante la narrativa de recuerdos de vivencias que han sido silenciadas por un espacio público, el cual desacredita al autor. Primero, se evaluará cómo la memoria individual compartida en *Los rendidos* deviene en la representación legible de una dimensión del pasado y de una subjetividad que resultan ajenas a quienes están sujetos al imaginario que estigmatiza a Agüero. Segundo, se explicará por qué esta aproximación a la intimidad de quien puede ser percibido como un enemigo intrínsecamente inhumano contribuye a que el autor, en tanto agraviado por un estigma, reapropie su voz.

En relación con el primer punto, el autor, como persona descalificada para participar en el proceso descriptivo e interpretativo del pasado, articula una memoria que resulta inteligible y verosímil para el lector, potencialmente sujeto al discurso emblemático. Debido a que el destinatario podría seguir representaciones simbólicas que desacrediten a Agüero, lo expuesto en su obra afronta el reto de ser admitido por quienes consideran que lo relatado por la memoria hegemónica ya ha abordado los sucesos más significativos del conflicto. Ante el desafío de lograr exteriorizar sus recuerdos como la introducción de una dimensión poco contemplada, el autor configura un relato sumamente íntimo que responde a la necesidad de ser reconocido. De esta manera, el estigma que encasilla al autor es su punto de partida para reflexionar públicamente sobre aquello que ha constreñido a su intimidad ante el riesgo de ser desautorizado no solo como portador

de un testimonio, sino también como persona. Como describe Agüero, la vergüenza, la cual se sostiene por los actos de sus padres, ha condicionado la expresión de sus vivencias: “Raramente, decides contar algo a alguien que se muestra capaz de comprender. Un ir tanteando el entorno para ver si los que preguntan serán duros, o fríos o indiferentes” (20).

En principio, *Los rendidos* se constituye como una fusión de relatos no secuenciales de vivencias, reflexiones sobre ellas e interpelaciones hacia sí mismo y el imaginario social al que se adhieren los receptores del texto. La fragmentariedad del texto es efecto directo del carácter selectivo de la memoria y la intencionalidad que la subyace. Según Ricoeur, lo que se materializa en una narración de vivencias solo es una posibilidad entre distintos modos de enfatizar ciertos momentos y de perfilar las acciones de las personas incluidas; además, la autenticidad del relato puede ser limitada por la imposición de un canon que establece reglas en su configuración (2005: 582). En la obra estudiada, el autor recurre a distintas estrategias comunicativas para que su relato, más allá de incluir sus experiencias inéditas, consiga interrumpir la normatividad inherente a la memoria oficial. Un recurso crucial consiste en la integración de otras personas estigmatizadas cuyos relatos encuentran un espacio seguro en interacciones con Agüero, quien los aúna en la exteriorización de su intimidad. De este modo, se revela que la recuperación de la capacidad de narrar la propia memoria requiere la participación de otros individuos que contribuyan en una articulación inteligible y autorizada socialmente (Ricoeur 2005: 582).

En adición a esto, la fragmentariedad en *Los rendidos* es consecuencia de que la expresión de lo íntimo establece espacios entre relatos intercalados por reflexiones que corresponden a necesidades afectivas y políticas. Es necesario recalcar que el acto de recordar es precedido por una serie de operaciones discursivas y sociales que pueden instaurar modelos paradigmáticos de narración y juicios evaluativos sobre lo que puede ser recordado (Jelin 2012: 137). Al presentarse como memoria subalterna, la obra

constituye un espacio singular en el que el autor coloca en paréntesis estos lineamientos para poder enunciarse desde su subjetividad y trascender su estigma desacreditador. En *Los rendidos*, se muestra la constante reflexión que parte del recuerdo de vivencias y cuya narración no deviene en un esencialismo invariable; por el contrario, Agüero dialoga con los distintos matices que su interioridad adoptó en diversos estadios de su pasado y (re)elabora interpretaciones, a nivel personal y social, sobre sus experiencias. De este modo, “el desdoblamiento reflexivo en el tiempo del relato, a través del cual el sí del acto de narración presente apela y dialoga con el sí plural de su propia historia pasada, permite una continua y compleja rediscusión de la identidad...” (Santangelo 2020: 111).

Por otro lado, en palabras de Agüero, “... la fragmentación impide que otros se apropien de mi historia, de mi relato, de mi vida, tan fácilmente [...] Me refiero a cómo contar: [...] no es un arco narrativo tipo inicio, nudo, desenlace; no hay moraleja si se quiere, sino varios temas [...] que están articulados temáticamente” (De Vivanco y Amaro 2017: 328). Dado que la memoria precisa de cierta autorización para ser reconocida y *Los rendidos* posee un objetivo no solipsista, el relato de sí necesita manifestarse como inteligible. En este sentido, su articulación implica la inserción de un orden que transfigure la heterogeneidad de las experiencias. Así, puede conferirles inteligibilidad y mayores significaciones ante otros (Santangelo 2020: 115). Tal como sostiene Arfuch, la autoficción posee como característica singular el hecho de que el relato de sí comprende también una elaboración analítica que varía, en cierta medida, la historia personal contada (2002: 105). En *Los rendidos*, el trabajo introspectivo es compartido a nivel público con el propósito de aportar en la reflexión sobre un pasado en común. Ejemplo de ello es el pasaje en el que una joven le pide a Agüero que le diga la verdad sobre los actos de su familia, a lo que él responde desde el presente lo que hubiese querido responderle (40).

La obra se construye como un medio que incomoda a la narrativa oficial debido a que constituye un sentido sobre el pasado desde la individualidad estigmatizada que nos interpela mediante sus vivencias silenciadas. Según Jelin, las memorias personales están sujetas a marcos sociales que delimitan "... la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores" (2012: 54). En el caso de *Los rendidos*, esta enmarcación determina un aspecto crucial de la obra: el propósito de insertar lo omitido en espacios públicos para superar una comprensión limitada sobre el pasado. Desde la narrativa como perspectiva analítica, se pueden identificar las distintas temporalidades en la memoria, las variantes enfatizadas o espacios enmudecidos; asimismo, la identidad misma se concibe como un proceso vulnerable a la temporalidad y abierto a procesos de alteración (Arfuch 2008: 138). Es esta identidad narrativa la que confluye en *Los rendidos*, pues Agüero muestra el impacto de un conflicto en distintas dimensiones de su identidad: como hijo, activista, historiador y escritor. A partir de estas posiciones, las aproximaciones a las experiencias ajenas al lector se articulan, en diferentes matices, con lo colectivo.

Debido a que en *Los rendidos* lo autobiográfico se enlaza con una memoria que implica a una colectividad, el reconocimiento de la subjetividad del autor requiere la construcción de un relato que reúna su flujo de experiencias intra- e intersubjetivas. Jelin argumenta que la experiencia individual posee también un aspecto social debido a que esta adquiere sentido mediante elementos culturales como el discurso; además, forma parte de una comunidad a través del "acto narrativo compartido" (2012: 69). Sin embargo, el reconocimiento de este relato puede ser obstruido por circunstancias de exclusión como un estigma social que desacredita a quien intenta enunciarse. En este contexto, según Arfuch, el silenciamiento de la voz significa 'un límite simbólico difícilmente franqueable' y su reconocimiento requerirá la dicción de su palabra excluida (2008: 139).

A partir de lo anteriormente expuesto, se sostiene que la memoria compartida en *Los rendidos* es una valiosa manera de aproximarnos a la intimidad de quien ha sido estigmatizado y, por ende, silenciado. La composición de una autoficción dialógica fundamentada en el relato analítico de vivencias permite que Agüero logre superar la exclusión de su palabra. Por tal motivo, se posibilita también la manifestación de su subjetividad dañada por un prejuicio desacreditador que le habría impedido narrar públicamente su memoria. De este modo, *Los rendidos* ofrece una aproximación al otro percibido como totalmente opuesto, lo cual es un gesto importante orientado a su reconocimiento como *persona*. Si recordamos que Agüero parte de una posición enunciativa en desventaja epistémica a causa del estigma que agravia su identidad, el acto de leer o *escuchar* el relato en el que da sentido de sí y de sus vivencias es un paso importante hacia el cuestionamiento de representaciones simbólicas que lo descalifican como participante de actos interpretativos sobre distintos aspectos sociales.

En relación con el segundo punto de este subcapítulo, se procederá a explicar por qué el acercamiento a la intimidad de Agüero, en tanto sujeto percibido como anexo de ‘enemigos’ intrínsecamente inhumanos, contribuye a que se reapropie de su voz. Es necesario enfatizar que *Los rendidos* encuentra sustento en lo íntimo, en vivencias silenciadas, para trascender los límites impuestos por la injusticia epistémica que desacredita al autor y daña su capacidad enunciativa. Al concretar la manifestación de una memoria subalterna, la obra también se enfoca en incorporar aspectos privados que no suelen ser reconocidos como expresiones que derivan de un orden sociocultural. Respecto a la posibilidad de estar ignorando el carácter social de ciertos asuntos entendidos como únicamente íntimos, Agüero reflexiona en cómo se sintió después de la muerte de su madre y se cuestiona:

¿Sentir alivio por la muerte de mi madre y luego culpa por sentir este alivio es un asunto solo personal, mío, íntimo, psicológico? ¿Es un tema que no tiene relación alguna con las

cosas públicas? [...] ¿no es también una mala hierba que nadie quiere ver? ¿No es una forma de padecer injusto que miles de personas han vivido en el mundo y siguen viviendo, porque se ven forzados a necesitar que se muera lo que aman? ¿No es quizá una tremenda institución invisible de nuestra modernidad? (43).

La intimidad se ha constituido como un recurso importante en estudios sobre el pasado gracias a lo que Sarlo denomina giro subjetivo, el cual se sostiene aún en el paradigma de la contemporaneidad. Esta revaloración de la subjetividad habría restaurado la confianza en la primera persona que comparte el relato de sí en sus diversos matices para impedir el olvido de ciertas vivencias y “reparar una identidad dañada” (2007: 21-22). De manera especial, la literatura ofrecería, según Sarlo, un espacio en el que el narrador puede reflexionar públicamente sobre lo vivido en silencio “... como si los humanos pudieran apoderarse de la pesadilla y no sólo padecerla” (2007: 166). En *Los rendidos*, la mirada introspectiva de Agüero orienta al lector a la reconsideración de algunas imágenes instituidas por la memoria hegemónica; por ejemplo, la representación maniquea del militante senderista, cuya humanidad es recordada a partir de la relación íntima y fraternal del autor con sus padres. Sobre este singular empleo de lo íntimo, Agüero respondió: “Estoy utilizando conscientemente mi vida privada para intentar que un asunto público tenga un lugar legítimo de discusión” (Saravia y Wiese 2016).

En tanto memoria subjetiva, *Los rendidos* puede ser incluido en lo que Arfuch designa como espacio biográfico para referirse al umbral en el que se explicita el entrelazamiento entre individuo y sociedad mediante la apertura de lugares recónditos de la intimidad que visibilizan esta imbricación (2002: 248). Además, este espacio valoriza a la narrativa como oportunidad de descentramiento de la voz propia para incluir una pluralidad que aporte en la ampliación de nuestro entendimiento sobre los seres humanos (Arfuch 2002: 84). A pesar de que *Los rendidos* se fundamenta en un relato subjetivo, el autor supera el solipsismo cuando incorpora otras voces estigmatizadas. De igual modo, interrumpe la imagen de víctima ‘inocente’ a través de personajes cuyas historias revelan

los límites de la dicotomía víctima/victimario para describir lo ocurrido en el conflicto. Asimismo, el autor agrega voces que cumplen el rol de discrepar con lo propuesto en sus reflexiones para evitar dar la impresión de que pretende una autoridad sobre la verdad; similarmente, Agüero cuestiona si su recuerdo es fiel a los hechos pasados (30). Es así como la obra se establece, simultáneamente, como una memoria subjetiva y polifónica que responde a la necesidad de expandir la comprensión sobre el conflicto.

Desde una experiencia privada atravesada por lo público, la memoria subalterna enunciada por Agüero es el soporte de la construcción de sentidos sobre un periodo con efectos en el orden simbólico actual. El punto de partida del autor es particular porque el estigma social que se le adscribe es el principal constituyente de su interpretación. Desde esta posición de exclusión, su perspectiva es oportuna para identificar las limitaciones del discurso oficial; esto se debe a que, como hijo de militantes senderistas y oyente de diversos testimonios no emblemáticos, aspectos como la humanidad del ‘enemigo’ y la agencia de la víctima ‘indefensa’ son recordados (100). De esta forma, se evidencia que, sobre el discurso institucionalizado, la performatividad del lenguaje posibilita que la persona, aún sujeta a la normativa contextual, participe en procesos de resignificación que impliquen el cuestionamiento de ciertas categorías instauradas (Morales 2014: 348).

En *Los rendidos*, este carácter performativo destaca en el relato de una experiencia de dolor que desestabiliza preconcepciones maniqueas en torno al senderista, pues su humanidad y complejidad son recordadas. Después de incluir el testimonio de tortura de una exmilitante senderista, Agüero reflexiona sobre lo que habría vivido su madre:

Pregunté a mi madre si la habían torturado cuando la detuvieron, antes de que fuera ingresada al penal de Chorrillos. Nunca me contó detalles. [...] Porque ella no se sentía una víctima ni quería que nosotros nos colocáramos en esa condición y porque administraba la información sensible como haría cualquier persona con otra de su entorno cercano, para cuidarnos. Pero puedo suponer que lo fue, que también pudieron violarla como a esta vieja conocida que me habla desde su mesa de madera [...]. Estas terroristas o exterroristas, estas mujeres culpables no buscaron ser víctimas. A nadie le ha importado tampoco construir las como tales. Decir ‘terruco’ o ‘terruca’ es como decir [...] ‘demonio’

[...] Un ser de espanto ajeno a la comunidad, que debe ser eliminado. Desde este lenguaje es imposible un intento por recuperar a estas personas como sujetos políticos (103).

Así, cuestiona el modo de designar a las víctimas y la imagen construida en torno al senderista que impide concebirlos como miembros de un contexto. Rivas argumenta que la obra "...indaga en las 'trampas del lenguaje' y los binarios morales habituales de nuestra dimensión sociosimbólica actual y, finalmente, produce una verdad que descompleta [...] los saberes instaurados por las memorias emblemáticas..." (2018: 113).

Sobre lo expuesto anteriormente, se sostiene que la dimensión performativa de la enunciación de la memoria subalterna es revelada en el hecho de que la obra cuestiona el discurso del relato canónico sobre el conflicto. Así, el texto posee el potencial de motivar al lector a suspender momentáneamente juicios discursivos para hallar el sentido en el relato que se presenta como una interpelación. Según Butler, cuando revelamos nuestra subjetividad en un contexto, "...actuamos sobre los esquemas de inteligibilidad que determinan quién es un ser hablante, sometiéndolos a rupturas o revisiones, consolidando sus normas o impugnando su hegemonía" (2009: 179). En este sentido, si bien Agüero no puede suprimir la normativa que se desprende del discurso institucionalizado, la capacidad performativa del lenguaje permite la apertura de un espacio en el que su relato puede tener un efecto disruptivo. De esta manera, la enunciación de su intimidad implica, además del conocimiento sobre su experiencia, un cuestionamiento. Tal como señala Mansilla, la obra se constituye como un motivo para establecer intersubjetivamente un espacio de reflexión fundamentado en un diálogo que permita la "... posibilidad de experimentar una solidaridad con el otro comprendiéndonos históricamente" (2015: 99).

Respecto al carácter performativo de la autoficción, en tanto respuesta a la necesidad de expresar la vida propia en sus diversos matices, Giordano argumenta que la confesión de sí está orientada a "... la transformación de quien se confiesa, de quien se

expone activamente al encuentro con algo verdadero de sí mismo, hasta entonces desconocido o denegado” (2013: 10). En *Los rendidos*, este sentido de autodescubrimiento de aspectos íntimos al autor resalta en su provisoria reflexión sobre sí mismo, en la cual da cuenta de la necesidad de iniciar “... un camino de aceptación y abandono para lograr ser una víctima. Entregarse a sus costos. Entregarse al desamparo. Presintiendo que solo desde allí es posible para algunos tener voz y una forma de pasado” (120). Por otro lado, la constante impresión de que Agüero no pretende establecer una interpretación universal sobre el sentido de lo que relata se vincula a su renuencia de aclamar verdades incuestionables. Esto es afín a cómo es caracterizado el autor de la autoficción dialógica según Benson, quien sostiene que este “... no tiene ningún interés en construir tal autoridad, sino que deja esta autoridad en manos del lector” (2011: 135).

2.2 El pacto de autenticidad con el lector desde una posición enunciativa dialógica no autoritaria

En *Los rendidos*, Agüero evita reclamar autoridad absoluta, en cambio, parte desde una posición enunciativa dialógica que le otorga la posibilidad de establecer un pacto de autenticidad. Así, el lector puede estar inclinado a conferir credibilidad a su narrativa, aun cuando las representaciones simbólicas que él considera legítimas están enmarcadas por un discurso adverso al autor. Este acto de confianza es propiciado también por el hecho de que el relato íntimo incluye como un eje articulador a un periodo de conflicto vivido y recordado por una colectividad; de esta manera, el lector identifica puntos de coincidencia en irrefutables descripciones sobre la condenable magnitud de la violencia:

Los senderistas mataron a miles de personas. Miles de ellas fueron objeto, antes de morir, de vejaciones infames. Cientos, quizá miles, después de ser asesinados sufrieron el uso de sus cuerpos para el ejemplo y la pedagogía del miedo. Las consecuencias de esta guerra aún se sienten en los pueblos, en los barrios, en la política, en la institucionalidad [...] Cuando los colegas, con las mejores intenciones, hablan de las monstruosidades de Sendero estoy de acuerdo. Pero sé al mismo tiempo que están hablando de mi familia. Y de muchos amigos a los que vi vivir a plenitud y luego morir. Me cuesta recordarlos monstruosos. Pero sí, cometieron atrocidades y las justificaron (55).

Este fragmento evidencia que Agüero no niega lo aborrecible de las vulneraciones cometidas por militantes senderistas, aun si con esta aseveración somete también a sus padres a la reprobación. No cuestiona la historicidad de experiencias que afectaron a un país y, así, incluye el dolor de otros, personas, familias y comunidades, en *Los rendidos*. Sin embargo, inserta también la singularidad de vivencias que generan que su percepción de este periodo no se acople, sin matizaciones, a la consuetudinaria condena de los actos perpetrados durante el conflicto. Es decir, el autor reconoce la pertenencia de su memoria individual a un marco social, el cual abarca desde su subjetividad sin que ello implique la construcción de una narrativa egocéntrica que se desentienda de aflicciones ajenas a él. Asimismo, la obra incluye a la otredad mediante las voces de personas cuya credibilidad es o sería reducida por estigmas sustentados en el imaginario social. Estas propiedades de *Los rendidos* indican que, como autoficción dialógica, el solipsismo característico de autobiografías es quebrantado. Como sostiene Benson, esta modalidad literaria establece un pacto de lectura a partir de la relación entre el relato y experiencia originaria que concierne al sujeto y también a la memoria colectiva (2011: 142).

Debido a que *Los rendidos* no tiene como intención desautorizar el dolor de otras personas para singularizar y revelar el de Agüero, la obra logra la enunciación de su subjetividad agraviada por un daño epistémico. En este subcapítulo, se evidenciará cómo el autor se expresa desde una posición enunciativa dialógica para posibilitar la instauración de un pacto de autenticidad con un lector sujeto a interpretaciones de una memoria hegemónica. Junto a otras estrategias, este relato subalterno irrumpe en el contexto sin que se traduzca en una negación de la afectividad del lector que ha vivido el conflicto o lo conoce por fuentes históricas. Primero, se sostiene que la obra configura una narrativa como dirigida potencialmente a un lector implícito sujeto a una interpretación histórica que desacredita al autor por ser hijo de senderistas. Segundo, se

argumenta que la credibilidad de Agüero es restaurada a partir de la expresión de su intimidad que presta atención a uso de términos controversiales, como ‘terrorismo’, ‘víctima’ y ‘perdón’, para poder ser escuchada y entablar una conversación orientada a la reflexión, mas no al reclamo de la propia verdad como la única admisible.

En principio, Agüero es consciente de que quien lo lee desconoce memorias subalternas, pues estas no son abordadas ni compartidas por la narrativa hegemónica. En consecuencia, la fragmentariedad de *Los rendidos* es un modo de expresividad textual para afrontar el problema de enunciar lo desconocido desde una posición en desventaja epistémica. La ausencia de un carácter continuo se debe a que el autor, ante la latente posibilidad de que su intimidad expuesta sea negada, hilvana la obra a partir de una diligente alternancia entre testimonios polifónicos, ficcionalizaciones de momentos, reflexiones y opiniones dubitativas. Esta particularidad de constante incertidumbre, la cual evita que la obra tenga un tono de impugnación que impida el diálogo, se revela así:

No hay propuestas acabadas, solo aproximaciones que con el tiempo se han ido modificando [...] Este libro está escrito desde la duda y a ella apela. No tiene el ánimo de confrontar las verdades predominantes sobre la guerra interna y las ideas sobre los ‘terroristas’ desde alguna otra versión monolítica, ni otorgar una visión de parte, o proponer una justificación de violencia... (14).

Mediante diversas gradaciones de su intimidad y juicios valorativos inconclusos, el texto se percibe como dirigido hacia quien puede diferir categóricamente con lo propuesto. No obstante, la excepcionalidad de la obra reside en cómo encuentra fundamento, a partir de la subjetividad de Agüero, en la diferencia respecto a las narrativas predominantes. Como señala Arfuch respecto al reconocimiento de lo ‘propio’ ante lo ajeno, “aun el ‘retrato’ del yo aparece [...] en constante despliegue hacia la otredad del sí mismo” (2002: 99).

La forma y contenido de la obra expresa este carácter de estar dirigida hacia un Otro, cuyo imaginario sobre el conflicto no aborda las experiencias de Agüero y otras

voces controversiales. En este sentido, el autor concibe intencionalmente al lector implícito² como una otredad sujeta a la memoria oficial. Según Landa, esta estrategia comunicativa consiste en considerar en la escritura aquello que se presupone como conocimientos y juicios compartidos o no con el destinatario (2009: 4). Sensatamente, Agüero anticipa que la mayoría de los lectores tengan premisas incompletas sobre el conflicto; sobre todo, es consciente de que el estigma puede impedir la recepción de su texto o desacreditarlo. Por tales motivos, encuentra un soporte importante para sus reflexiones provisionales en la clara expresión de que comparte también la indignación por el dolor de quienes sí han sido reconocidas como víctimas. No obstante, también destaca que alberga este sentimiento por cómo las vidas de sus padres fueron trastocadas:

Quizá esta necesidad de rendirme, de entregarme, es una forma del perdón. Nadie tiene que pedirlo, ni aun que desearlo. Ni siquiera debo querer otorgarlo. Cuando recuerdo o recreo los últimos momentos de mis padres, lo último que quiero es perdonar a quienes los mataron mal. Cuando recuerdo las historias de tantas víctimas que conocí en mis viajes por el país, tampoco me nace la necesidad de perdonar. Todo lo contrario, me anima la misma indignación de tantos activistas y de organizaciones de afectados... (133).

La presencia de un lector implícito, como señala Reisz, es una característica inherente a la autoficción, pues este receptor es capaz de identificar, a lo largo del relato, narraciones fundamentadas en experiencias vitales porque pertenecen también a su medio cultural o porque nota su carácter autobiográfico (2016: 88). Es necesario enfatizar que, debido a que la obra incluye la narración de recuerdos, existe la ineludible imposibilidad de lograr una veracidad absoluta. Sin embargo, el lector puede reconocer elementos auténticos porque comparte o conoce el trasfondo histórico del conflicto. Una muestra del desciframiento de lo efectivamente vivencial en la ficción es la descripción que Agüero elabora del momento en el que su madre fue ejecutada. Este fragmento expresa notoriamente la relación íntima del autor con ella, quien puede ser condenada por toda

² Esta investigación se enfoca, principalmente, en el análisis del lector que está informado sobre el conflicto armado a partir de fuentes históricas y, por lo tanto, puede identificar las posturas académicas que son cuestionadas por los planteamientos de *Los rendidos*. La decisión de centrar el análisis en este tipo de perfil se debe a que posee los recursos necesarios para sostener un diálogo con el autor.

una sociedad. Aun con esta marcada representación simbólica en torno a los senderistas, el lector puede concebir como verídico el carácter intrínsecamente humano de quien militó en Sendero porque la descripción ficticia expresa algo que posee en común con todos, la muerte que se recibe siempre de manera inesperada y la momentánea angustia:

Sintió los disparos, los tres en la espalda, como las palmadas de un amigo que la había esperado mucho. Se tendió junto al mar, respirando fuerte, pensando en su mamá y en cuánto la extrañaba [...] Y en sus hijos. Y la angustia súbita. Y por primera vez ver la sangre corriendo hacia el océano, abandonándola. Desaguándola. Acabándola (92).

En este instante de suspensión del estigma sobre el senderista, la lectura de *Los rendidos* posee un efecto importante en el receptor que acepta su verosimilitud, pues revela espacios afectivos no reconocidos por el imaginario institucionalizado. Este impacto que puede tener el relato es explicado por Arfuch como un motivo que moviliza “una experiencia del pensamiento por la cual nos ejercitamos en habitar mundos extranjeros a nosotros” (2002: 94). Agüero logra suscitar el cuestionamiento respecto a ciertas verdades, consideradas mayoritariamente como irrefutables, sobre todo cuando se refiere a los militantes senderistas no como ‘monstruos’ que emergieron de la nada, sino como personas con agencia y objetivos políticos enmarcados por un contexto en común: “Devolver densidad, darles contexto, recuperarlos en sus trayectorias de vida, de generación. No creo que hacer esto justifique ningún crimen ni promueva revisionismos. [...] Es más bien mirarlos profundo y de frente para conocerles socialmente” (56).

Mediante estas propuestas antecedidas por testimonios y reflexiones, *Los rendidos* construye un espacio que trasciende del texto: una dimensión de formación crítica del lector, a quien se le presentan fragmentos de vidas de personas que habría percibido como totalmente opuestas a él e intratables. Según Santangelo, el receptor del texto traspasa de la experiencia textual, ya que la interpretación de la lectura establece una íntima relación con el mundo social en el momento en el que el lector retorna al mundo de la vida con una ampliación reflexiva de sí mismo (2020: 124). Es importante recalcar que el hecho

de que Agüero prefigure a sus destinatarios posibilita que, a pesar de su estigma y las problemáticas que aborda, los lectores puedan integrarse a un diálogo respecto a las ‘certezas’ del conflicto y sus actores.

Batjín argumenta que la composición y estilo del enunciado dependen de cómo el autor imagina a su destinatario y, además, la construcción anticipa cierta respuesta de este (1999: 285). En este sentido, la autoficción dialógica en *Los rendidos* explicita y enfatiza esta comunicación discursiva, puesto que es una modalidad literaria que exige la participación activa del lector para interpretar sentidos de relatos que cuestionan sus juicios previos. Como enunciación de una memoria subalterna en el espacio público, la obra presenta reflexiones orientadas a desestabilizar imágenes preconcebidas del lector que, por ejemplo, designan al senderista como un sujeto merecedor de todo tipo de perjuicios: “La tortura, la violación sexual de las presas culpables, la impunidad. Se fundó el tabú sobre estos sujetos indefendibles, sin derechos, casi innombrables. [...] Los derechos humanos trazaron su frontera allí, derrotados, impotentes, rendidos” (78).

En relación con el segundo punto del subcapítulo, se procederá a explicar por qué *Los rendidos* logra restaurar la credibilidad de Agüero y configura una interacción dialógica con el lector mediante reflexiones que parten de la exposición de la interioridad estigmatizada del autor. En la obra, la articulación de una modalidad como la autoficción responde a la dificultad de mostrarse como el ‘Otro’ que merece ser escuchado, aun si es encasillado por un prejuicio. La especificidad de este género discursivo es consecuencia de cómo el emisor concibe a su destinatario, pues “el carácter dirigido del enunciado es su rasgo constitutivo sin el cual no existe...” (Batjín 1999: 289). Como sujeto desacreditado y consciente de las nocivas implicancias de un relato canónico, Agüero reconoce que no puede aclamar autoridad sobre la interpretación del pasado. Sin embargo, estima que sí puede reapropiar su voz en el acto de enunciar su experiencia de dolor

negado y de exclusión para manifestar públicamente lo que ha sido silenciado por la narrativa hegemónica. Desde su posición de desventaja epistémica, comparte de manera inteligible vivencias no reconocidas por la sociedad: aquellas que no han sido preguntadas por otros debido a que lo relacionado a senderistas, sujetos ‘inhumanos’, genera polémica.

En principio, el autor reconoce que ciertas preconcepciones pueden desautorizar las voces que inserta en su relato. Para evitar una desacreditación inmediata que impida la trascendencia del texto al ámbito público, Agüero enfatiza que una experiencia de dolor no siempre es incorporada en la memoria colectiva: “El testimonio es solo un modo en que se expresa la experiencia y cuando se trata de una historia de horror, posiblemente estemos frente a una víctima. Una víctima que ha tenido la suerte de ser oída” (114). De esta manera, alude sugestivamente a quienes han sufrido la violencia del conflicto, pero cuyas vivencias de dolor no han sido compartidas, ya sea por su propia intención o por motivos discursivos como su adscripción a un estigma. En este grupo se encontraría también el mismo autor, dado que la militancia de sus padres ha impedido que exprese el dolor de sus muertes en espacios externos a su intimidad. Esto se debe a que, a lo largo de su vida, ha advertido que su afectividad puede ser fácilmente invalidada.

En líneas generales, *Los rendidos* expone la intimidad de Agüero, quien, al dirigirse al lector desde una posición enunciativa dialógica, logra superar la barrera de injusticia testimonial que sustenta un daño epistémico. Si bien lo narrado se fundamenta en experiencias de vida desconocidas por la memoria colectiva, el texto consigue presentarse como inteligible y verosímil porque se despliega desde la fraternal relación de Agüero con quienes serían representados por otros como ‘monstruos’ por su adhesión a Sendero. Sobre su madre, escribe: “La conocí profundamente. Sé que era transparente y que amaba a la gente, quizá en exceso si es posible. Que le dolía el dolor de los demás

hasta hacerla sufrir. Ella sabía que el PCP-SL era ya para inicios de los 90 un terrible error. Pero no podía salirse por completo. Era lo único que le daba sentido” (54).

En *Los rendidos*, la voz que se enuncia aporta en el conocimiento de dimensiones poco reconocidas sobre el conflicto; esto determina que el libro contribuya a la interpelación por una reflexión sobre un pasado que revela, además de violencia y tragedia, la agencia y afectividad de sus actores. El enfoque en estos aspectos ignorados constata la injusticia epistémica infligida sobre Agüero y otras personas no integradas en el relato oficial. Las implicancias de este daño se evidencian en el hecho de evitar compartir sus vivencias en la cotidianidad por el prejuicio que lo descalificaría. En un fragmento, el autor narra el repentino encuentro que tuvo con una amiga durante la identificación de los restos de su padre: “Me abrazó y lloró. Me dijo Josecito, tantos años ayudándonos y tú tenías tu caso, calladito. [...] Cuando me abrazó y me incluyó entre los suyos, yo sentí: no, no soy igual. Yo no soy una víctima. [...] Pero quizá, quizá, solo sentí este rechazo porque no estaba listo para rendirme” (117-118). La conmoción de su amiga al reconocer en Agüero a alguien que carga con un pesar similar responde al hecho de poder compartir su dolor sin temor a ser invalidada. Por su parte, el autor realiza esta entrega de sí en la composición de su obra, cuya enunciación supone dirigirse a lo público.

El lector, ante la intimidad ajena que se le manifiesta e intenta asimilar, se ve en la necesidad de colocar en paréntesis los esquemas simbólicos de la memoria hegemónica que regía su imaginario sobre este periodo. Según Butler, cuando resulta imposible reconocer al Otro bajo normas vigentes, la intención de lograr este reconocimiento motiva el “cuestionamiento del régimen de verdad mediante el cual se establece mi propia verdad” (2009: 40). En *Los rendidos*, el carácter dialógico del enunciado es notoriamente remarcado, ya que la obra, en su integridad, se estructura como una matización del discurso ajeno al autor y este incluye al lector en la configuración de su expresividad.

Este proceso supone considerar el ‘fondo aperceptivo’ que posee el destinatario respecto al discurso que se enuncia; es decir, se prefiguran sus conocimientos, convicciones y prejuicios porque estos podrían determinar el tipo de reacción al texto (Batjín 1999: 286).

La declaración de Agüero como víctima es precedida por una serie de reflexiones en torno a los efectos que tal reconocimiento tiene sobre la subjetividad de una persona agraviada. *Los rendidos* expone el dolor que ha experimentado el autor para evidenciar que sufre como una víctima, aun si la designación discursiva no lo encasilla: “Ser una víctima por primera vez, para poder tener la oportunidad de tener una voz y, luego, rendirme. Dejar de serlo para entregarme completamente a la censura, la mirada y la compasión de los demás” (120). Al exponerse y aceptarse como víctima, le otorga un sentido a su dolor anteriormente negado por una injusticia testimonial. Así, articula una voz ante los lectores de su relato que pueden rechazarlo como víctima o reconocer su sufrimiento a partir de la intimidad que el autor ha compartido. Una interioridad narrada que resalta episodios en los que el dolor causado por las muertes de sus padres lo colocó en un conflicto consigo mismo: expresar públicamente la aflicción de haber perdido a personas que participaron en la vulneración de otras vidas.

El carácter dialógico transversal a la obra no se interpreta como una confluencia pacífica de distintas perspectivas. Por el contrario, su sentido reside en enfatizar la diferencia conflictiva, derivada de la otredad, como elemento constitutivo de toda posición (Arfuch 2005: 39). Sobre la percepción del Otro culpable, inhumano y con quien no se puede coincidir, Agüero reflexiona: “Mi enemigo, que sumergido en mí, confundido en mí, duerme porque en la práctica, no es sino otra forma de mi ser” (129). En consonancia al reconocimiento del conflicto intrínseco a la pluralidad, Jelin sostiene que el establecimiento de espacios legítimos de debate entre memorias es más afín a un orden democrático que prácticas como imponer el silencio (2012: 161).

En este sentido, la literatura se constituye como un ámbito cultural que genera un espacio para el debate en torno a un pasado que concierne a una colectividad. Como respuesta a este complejo ejercicio, en *Los rendidos*, la autoficción dialógica se revela como un importante medio, pues el autor no reclama autoridad absoluta sobre la verdad o la moral; por el contrario, admite otras voces en su relato e involucra al lector en un diálogo implícito:

Mis padres no fueron monstruos, tuvieron sus motivos personales para luchar, tenían ideales, urgencias. Pero ¿eso les quita culpa? Podrían responderme con toda razón: ¿y eso les daba derecho a tus padres y sus camaradas para asesinar, disparar, quemar, romper, destruir? No lo creo. Quizá les devuelve algo de significado a sus vidas. Los aproxima a la historia y no los expulsa como una pesadilla o una enfermedad. Pero finalmente podría decirme este interlocutor general, el Perú murmurante digámosle: ¿y eso en qué nos beneficia?, ¿eso sana, eso calma a los deudos, eso ayuda a la sociedad? La utilidad de este ejercicio es, pues, incierta (58).

De este modo, *Los rendidos*, como expresión de la relación entre intimidad y política, acentúa la necesidad de profundizar la aún limitada comprensión sobre el pasado de violencia y “... se posiciona como un dispositivo que incomoda las narrativas que se han elaborado sobre el conflicto armado” (Salazar 2016: 182). A partir de la marcada dimensión dialógica de la obra, Agüero evita el solipsismo para tentar un encuentro con otros y esbozar la posibilidad de conversar con quienes desconocen lo omitido por el relato canónico. Reiteradamente, el autor maneja una perspectiva múltiple, y evita encasillarse en la singularidad de su experiencia mediante la inclusión de otros testimonios e interpretaciones enraizadas en el discurso oficial.

En relación con el horizonte de diálogo, Agüero comenta: “...para mí es imprescindible saber que no voy a hacer trampa, no voy a caer en mitificaciones [...] y tampoco voy a detener mi pensamiento en soluciones porque no las tengo. Entonces, lo que voy a hacer es conversar...” (De Vivanco y Amaro 2017: 326). Ante la exposición de vivencias y reflexiones subalternas, el lector puede plantearse la posibilidad de suspender ciertos prejuicios, los cuales distorsionarían o desacreditarían las

enunciaciones de Agüero, para dar cuenta de lo que le resulta ininteligible debido a que, hasta el momento de la lectura, era desconocido.

En síntesis, en este capítulo se demostró que José Carlos Agüero configura una autoficción dialógica en *Los rendidos* mediante la expresión de una memoria subalterna que es construida narrativamente de tal modo que no pretende instituir verdades universales sobre un pasado de violencia; por el contrario, su composición y estructuración implican que la autoridad sea cedida también al lector. De esta manera, el autor, en tanto objeto de un prejuicio social, logra enunciar sus experiencias e interpretaciones sin que su tono sea percibido como combativo. En primer lugar, la exposición escrita de vivencias silenciadas por una memoria hegemónica se traduce en la representación legible de una dimensión del conflicto desconocida por personas que consideran como legítimo un imaginario social que estigmatiza a Agüero. Asimismo, la aproximación a la intimidad de un individuo, quien podría ser concebido como intrínsecamente condenable, es un medio esencial para que el autor reapropie, ante ciertos lectores, la capacidad de emitir valoraciones y proponer reflexiones sobre el pasado.

En segundo lugar, el hecho de que la autoficción en *Los rendidos* sea articulada desde una posición enunciativa dialógica permite que se establezca un pacto de autenticidad con un destinatario pensado como otredad sujeta al discurso de la memoria hegemónica. La configuración de la obra como potencialmente dirigida a un lector implícito que podría invalidar la intimidad expuesta constituye una estrategia comunicativa que posibilita que el texto sea percibido como verosímil; en consecuencia, surge la motivación de entablar un diálogo orientado a la reflexión, la cual trasciende el contexto social, sobre el relato canónico del conflicto y las subjetividades de los actores implicados.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES GENERALES

1. El preexistente daño epistémico en detrimento de Agüero, causado por un estigma que determina la exclusión de su voz de la memoria oficial, es superado mediante la narración de una memoria subalterna que se articula en la forma de una autoficción dialógica. En *Los rendidos*, se relatan vivencias que no han sido incorporadas al discurso hegemónico en torno al conflicto armado interno; esta ausencia se debe a un prejuicio desacreditador adscrito a personas asociadas a Sendero Luminoso. Como hijo de senderistas, el autor manifiesta dimensiones desconocidas sobre el periodo de violencia mediante un texto que incluye sus experiencias y también testimonios de otras voces estigmatizadas y rechazadas por la oficialidad. Consciente del prejuicio sobre él, Agüero no pretende imponer verdades absolutas; por el contrario, un carácter dialógico subyace a las interpretaciones provisorias que enuncia. Esto responde a su intención principal de esbozar la posibilidad de conversar con personas sujetas a la narrativa hegemónica para lo cual ofrece una aproximación a intimidades ajenas al relato oficial. Así, el objetivo del autor de incluir lo silenciado dentro de espacios públicos influye y sustenta la construcción de una autoficción dialógica en *Los rendidos*.

2. En tanto hijo de senderistas, José Carlos Agüero es objeto de una injusticia testimonial que limita su capacidad epistémica, ya que se le ha impedido transmitir sus experiencias e interpretaciones sobre el conflicto. Esta obstaculización es resultado del estigma que lo

encasilla, el cual genera que sus enunciaciones sean distorsionadas o invalidadas en el ámbito público, donde las personas desacreditan su identidad al asociarla con la militancia de sus padres. Esta situación de injusticia testimonial origina un daño epistémico que, además de perjudicar al individuo, disminuye la efectividad de los recursos epistémicos y hermenéuticos que una sociedad reúne para comprender un acontecimiento en su verdadera complejidad. En *Los rendidos*, a partir del relato de vivencias que desestabilizan las convicciones acerca del conflicto, se comprueba que paradigmas instaurados por la narrativa oficial, como las imágenes de la ‘víctima inocente’ y el senderista ‘inhumano’, no abarcan dimensiones importantes que permitan profundizar en el entendimiento de este pasado de violencia y sus personajes.

3. Agüero configura una autoficción dialógica en *Los rendidos* a partir de la manifestación de una memoria subalterna, la cual es articulada narrativamente de tal manera que no aspira a establecer verdades universales sobre un pasado de violencia que concierne a toda una colectividad. Por el contrario, la composición y singular estructuración del libro son consonantes a la decisión sustancial de ceder la autoridad también al lector, quien puede otorgar credibilidad o no al texto de Agüero. Es así como el autor, sujeto a un prejuicio social que merma sus posibilidades de encontrar espacios legítimos de expresión, logra compartir sus experiencias e interpretaciones subalternas sin que su tono sea percibido como combativo y genere la censura inmediata del lector que considera legítima la narrativa oficial. El carácter dialógico del libro posibilita que la lectura motive el ejercicio de dar cuenta de lo que resulta ininteligible porque, hasta el momento de la lectura, permanecía desconocido para el lector adherido al relato canónico y el orden simbólico que deriva de él.

CONCLUSIONES ESPECÍFICAS

1. En *Los rendidos*, los relatos de experiencias de exclusión y de desacreditación inmediata de Agüero evidencian que el prejuicio contra su identidad se asocia directamente a la representación del senderista en el imaginario social institucionalizado. En este, el militante de Sendero Luminoso es concebido como intrínsecamente inhumano; en consecuencia, cuando las personas perciben a Agüero como anexo de sus padres, lo vinculan al estigma en torno al senderista y lo descalifican como persona con la que se pueda encontrar espacios en común. Esta situación implica también serias limitaciones en su modo de establecer vínculos sociales en un contexto que podría verlo como un enemigo, pues las personas no estarían dispuestas a interactuar con él, en tanto lo identifiquen como el ‘Otro’ irreconciliable.

2. El estigma que encasilla a Agüero, al generar la disminución de su credibilidad ante personas que le adscriben un prejuicio, determina su posición enunciativa en desventaja epistémica, ya que sus expresiones pueden ser invalidadas incluso antes de ser emitidas. En el contexto del posconflicto, la renuencia de establecer un diálogo con Agüero, cuando se descubre su ascendencia, significa también la imposibilidad de que comparta públicamente sus experiencias y opiniones respecto al periodo de violencia. Así, voces estigmatizadas como las del autor de *Los rendidos* han permanecido en silencio o sus relatos no han sido integrados a la memoria oficial ni a sus interpretaciones.

3. La injusticia testimonial infligida sobre Agüero, expresión de una injusticia epistémica, obstaculiza la comunicación efectiva de sentidos críticos dentro del imaginario institucionalizado en la sociedad peruana. La exclusión de las experiencias de Agüero y su desacreditación han sido perpetuadas por una memoria victimocéntrica que ha instaurado un paradigma de víctima que no reconoce todas las experiencias de dolor que

acontecieron durante el conflicto. En el contexto social, esta prefiguración convencional no calza con Agüero por ser hijo de senderistas ni con los militantes cuyos derechos humanos fueron violentados; en consecuencia, al carecer de la voz autorizada de una víctima, sus vivencias son silenciadas por la narrativa de la memoria hegemónica.

4. La resistencia a admitir voces controversiales como las de Agüero, y aquellas que el autor incluye en *Los rendidos*, se muestra como una convención en detrimento de la reflexión crítica sobre el conflicto y sus repercusiones en un presente aún fracturado en la dicotomía por dicho acontecimiento. El rechazo de que personas estigmatizadas participen en la emisión de juicios críticos impide una comprensión que se aproxime más a la complejidad del conflicto y, de esta manera, no reproduzca imágenes limitadas que fallen en abordar los matices de este periodo. Es así como una injusticia epistémica implica también una injusticia hermenéutica, pues el orden simbólico no incluye recursos suficientes para que una colectividad comprenda ciertos aspectos sociales de su entorno.

5. La manifestación escrita de experiencias no integradas a la memoria oficial deviene en la representación legible de una dimensión del conflicto y de una subjetividad desconocidas por personas que conciben este periodo a partir de un imaginario social que estigmatiza a Agüero. Esto se debe a que el texto posee como fundamento la articulación de una memoria que es constituida a través de la narrativa de recuerdos de vivencias silenciadas por el orden simbólico de un contexto. Debido a que se trata de un relato que interrumpe la estabilidad de las imágenes instauradas por el discurso oficial, la memoria subalterna en *Los rendidos* posee un marcado carácter performativo en sí misma.

6. En *Los rendidos*, la aproximación a la intimidad de quien puede ser percibido como intrínsecamente inhumano plantea la posibilidad de que el autor, cuya identidad es agraviada por un estigma, reapropie su voz en el espacio público. La exposición de sus

vivencias más recónditas es un medio esencial para que pueda recuperar su capacidad de emitir juicios valorativos y proponer reflexiones sobre el conflicto fuera de los límites de su privacidad. De esta manera, la habitual censura que caería sobre él es soslayada, ante ciertos lectores, a partir de la expresión de su intimidad en una obra que permite su enunciación a pesar de su estigma desacreditador.

7. Agüero parte de una posición enunciativa dialógica para establecer la posibilidad de instaurar un pacto de autenticidad con un lector sujeto a un orden simbólico fundamentado en el relato canónico. El autor expresa vivencias subalternas que interrumpen las certezas sobre el conflicto de tal manera que prefigura a su destinatario como otredad adherida a la memoria hegemónica. Ello supone que la obra se configure como potencialmente dirigida a un lector implícito que podría invalidar la intimidad mostrada en *Los rendidos*, dado que considera legítima una interpretación histórica que desacredita al autor. Esta estrategia comunicativa permite que el texto, en su integridad, pueda ser percibido como verosímil por quien percibe aspectos conocidos sobre el conflicto en los relatos de las vivencias. Además, el diligente uso de las palabras *terrorismo*, *víctima* y *perdón* posibilita también la apertura de un espacio en común que posibilite el diálogo.

8. La credibilidad de Agüero es restaurada, ante la mirada de ciertos lectores, a partir de la manifestación de su intimidad bajo el horizonte de entablar una conversación, en la cual el autor no impone su perspectiva como la única admisible. Al incluir otras voces, con quienes comparte la condición de estigmatizado o con cuyas ideas difiere, Agüero no cae en el solipsismo característico de obras que poseen como fundamento la intimidad del autor real. En cambio, estructura un diálogo implícito con sus posibles destinatarios y con perspectivas divergentes a sus interpretaciones formuladas como individuo que reconoce una dimensión no abordada por la memoria hegemónica. La decisión del autor

de acentuar el carácter dialógico en *Los rendidos* está orientada a motivar una reflexión, la cual trasciende del espacio textual a la realidad social del lector, sobre el relato canónico del conflicto y las subjetividades de los agentes implicados.

BIBLIOGRAFÍA

AGÜERO, José Carlos

2015 *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

AGUIRRE, Carlos

2011 “Terruco de m... Insulto y estigma en la guerra sucia peruana”. *Histórica*, volumen 35, número 1, pp. 103-139. Consulta: 3 de mayo de 2020.

<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/view/2813>

ARFUCH, Leonor

2002 *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Segunda edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

2005 “Problemáticas de la identidad”. En ARFUCH, Leonor (compiladora). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 21-43.

2008 “El espacio teórico de la narrativa: un desafío ético y político”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Maracaibo, año 13, número 42, pp. 131-140. Consulta: 12 de mayo de 2020.

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2731258.pdf>

BAJTÍN, Mijaíl

1999 *Estética de la creación verbal*. Traducción de Tatiana Bubnova. Décima edición. Ciudad de México: Siglo XXI.

BENSON, Ken

2011 “La autoficción dialógica”. Ponencia presentada en el *XVIII Congreso de Romanistas Escandinavos*. Departamento de Lenguas y Literaturas de la Universidad de Gotemburgo. Gotemburgo, 9 de agosto de 2011. Consulta: 15 de abril de 2020.

<https://gupea.ub.gu.se/handle/2077/30607>

BUTLER, Judith

2009 *Dar cuenta de sí mismo*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu

CÁCERES, Ágata

2018 “Visiones literarias posthegemónicas en el postconflicto peruano: el caso de *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*”. *Colombia Internacional*. Ostrava, volumen 18, número 1, pp. 55-65. Consulta: 28 de abril de 2020.

<https://dokumenty.osu.cz/ff/kro/romanistica/romanistica1-2018-full.pdf#page=55>

CASTAÑO, Daniel y Pedro JURADO

2019 “¿Cuál memoria? Los efectos políticos y el orden simbólico de los trabajos oficiales de memoria”. *Studia Romanistica*. Medellín, número 97, pp. 147-171. Consulta: 30 de abril de 2020.

<https://doi.org/10.7440/colombiaint97.2019.06>

CRENZEL, Emilio

2008 *La historia política del Nunca Más*. Buenos Aires: Siglo XXI.

DE LA PAZ, Lorena

2017 “El discurso autobiográfico y la responsabilidad de los “hijos” en un contrapunto escritural: en torno a *Los rendidos*, de José Carlos Agüero, y *La distancia que nos separa*, de Renato Cisneros”. *Cuadernos del CILHA*. Mendoza, volumen 18, número 2, pp. 225-242. Consulta: 10 de mayo de 2020.

<http://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/cilha/article/view/1503>

DE VIVANCO, Lucero y Lorena AMARO

2017 “Sobre la posibilidad del perdón y los límites del lenguaje. Entrevista a José Carlos Agüero, autor de *Los Rendidos*”. *Revista de Humanidades*. Santiago de Chile, número 37, pp. 319-332. Consulta: 30 de abril de 2020.

<http://repositorio.unab.cl/xmlui/handle/ria/8054>

DE VIVANCO, Lucero

2019 “Interrumpir las “certezas” de la memoria. Conversación con José Carlos Agüero”. *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*. Santiago de Chile, número 12, pp. 269-284. Consulta: 5 de mayo de 2020.

<https://boletinjidh.uchile.cl/index.php/MRD/article/download/52453/55703>

- 2018 “Tres veces muertos: narrativas para la justicia y la reparación de la violencia simbólica en el Perú”. *Revista Chilena de Literatura*. Santiago de Chile, número 97, pp. 127-152. Consulta: 15 de mayo de 2020.
<https://www.jstor.org/stable/10.2307/90020775>
- DONOVAN, Adrián
- 2011 “Formas de la alteridad: un reto epistemológico y político”. *Andamios*. Ciudad de México, volumen 8, número 16, pp. 11-31. Consulta: 28 de abril de 2020.
<http://dx.doi.org/10.29092/uacm.v8i16.461>
- DOTSON, Kristie
- 2014 “Conceptualizing Epistemic Oppression”. *Social Epistemology*. s/d, volumen 28, número 2, pp. 115-138. Consulta: 17 de abril de 2020.
<https://doi.org/10.1080/02691728.2013.782585>
- FRICKER, Miranda
- 2007 *Epistemic injustice: Power and the ethics of knowing*. Oxford: Oxford University Press.
- GIORDANO, Alberto
- 2013 “Autoficción: entre literatura y vida”. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario, número 17, pp. 1-20. Consulta: 26 de abril de 2020.
<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/15484>
- GOFFMAN, Erving
- 2006 *Estigma: la identidad deteriorada*. Traducción de Leonor Guinsberg. Buenos Aires: Amorrortu.
- JACOBY, Tami Amanda
- 2015 “A theory of victimhood: Politics, conflict and the construction of victim-based identity”. *Millenium: Journal of International Studies*. Londres, volumen 43, número 2, pp. 511-530. Consulta: 25 de abril de 2020.
<https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0305829814550258>
- JELIN, Elizabeth
- 2012 *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 2014 “Memoria y democracia. Una relación incierta”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Ciudad de Nuevo México, volumen 59, número 221, pp. 225-242. Consulta: 30 de abril de 2020.
[https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(14\)70822-0](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(14)70822-0)

LANDA, José Ángel

- 2009 “Múltiples lectores implícitos”. *Cuadernos de Investigación Filológica*. Logroño, número 35, pp. 63-75. Consulta: 15 de abril de 2020.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3899494.pdf>

MANSILLA, Katherine

- 2015 “Apuntes fenomenológicos sobre el perdón. Conversaciones entre la fenomenología de Merleau-Ponty y el libro *Los rendidos* de José Carlos Agüero”. *Estudios de Filosofía*. Lima, volumen 13, pp. 83-100. Consulta: 9 de abril de 2020.
<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/estudiosdefilosofia/article/view/14591/15190>

MEDINA, José

- 2011 “The Relevance of Credibility Excess in a Proportional View of Epistemic Injustice: Differential Epistemic Authority and the Social Imaginary”. *Social Epistemology*. Volumen 25, número 1, pp. 15-35. Consulta: 28 de abril de 2020.
<https://doi.org/10.1080/02691728.2010.534568>

MILTON, Cynthia

- 2016 “La verdad después de 10 años de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en Perú”. En ALLIER Eugenia y Emilio CRENZEL (coordinadores). *Las luchas por la memoria en América Latina: historia reciente y violencia política*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, pp. 221-246.

MORALES, María Virginia

- 2014 “Discurso, performatividad y emergencia del sujeto: Un abordaje desde el post-estructuralismo”. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*. Córdoba, volumen 14, número 1, pp. 333-354. Consulta: 28 de abril de 2020.
<https://atheneadigital.net/article/view/v14-n1-morales>

REISZ, Susana

- 2016 “Formas de la autoficción y su lectura”. *Lexis*. Lima, volumen 40, número 1, pp. 73-78. Consulta: 15 de abril de 2020.
<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/lexis/article/view/15049>

RICOEUR, Paul

- 2005 *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- 2006 *Caminos del reconocimiento: tres estudios*. Traducción de Agustín Neira. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

RIVAS, Carlos

- 2018 “¿Y realmente, no se nos parecen?”: la representación de la figura del senderista en *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* de José Carlos Agüero. Tesis de licenciatura en Lingüística y Literatura con mención en Literatura Hispánica. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Consulta: 10 de abril de 2020.
<http://hdl.handle.net/20.500.12404/13322>

SALAZAR, Claudia

- 2016 “Escrituras del yo y políticas de la memoria: recepción y circulación de los textos de Lurgio Gavilán y José Carlos Agüero”. *Letras Hispanas: Revista de Literatura y de Cultura*. Texas, volumen 12, número 1, pp. 171-183. Consulta: 12 de mayo de 2020.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6550875>

SANTANGELO, Eugenio

- 2020 “¿Quién soy yo, tan versátil, para que, sin embargo, cuentas conmigo? Hermenéutica dialógica del sujeto narrativo”. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*. Bogotá, volumen 11, número 21, pp. 109-126. Consulta: 20 de abril de 2020.
<http://dx.doi.org/10.25025/perifrasis202011.21.07>

SARAVIA, Gerardo y Patricia WIESSE

- 2016 “José Carlos Agüero: ‘Quisiera creer que sí puedo perdonar’”. *Ideele Revista de Defensa Legal*. Lima, número 250. Consulta: 10 de junio de 2020.
<https://revistaideele.com/ideele/content/jos%C3%A9-carlos-ag%C3%BCero-%E2%80%9Cquisiera-creer-que-s%C3%AD-puedo-perdonar%E2%80%9D>

SARLO, Beatriz

- 2007 *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.